

Rescate de Documentos

El valle de Orosi, explorado por Alexander von Frantzius

Luko Hilje Quirós
Centro Agronómico Tropical de Investigación y
Enseñanza (CATIE). Costa Rica.
luko@ice.co.cr

Recibido: 14 -V-08 / Aceptado: 04-VI-08

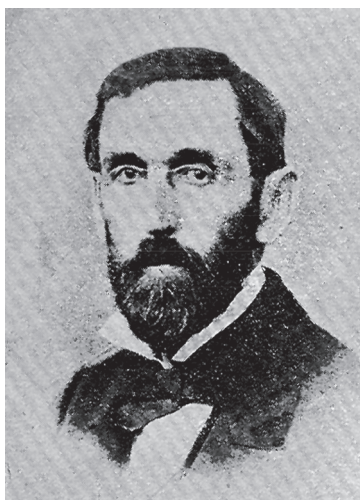


Figura 1. Alexander von Frantzius
Ritt

PALABRAS CLAVE:

Alexander von Frantzius,
Alemania, Misión de Orosi,
Cartago, Costa Rica, convento
franciscano, botánica, zoología,
historia natural, etnia bribri.

KEY WORDS:

Alexander von Frantzius,
Germany, Orosi Mission,
Cartago, Costa Rica, Franciscan
convent, botany, zoology, nat-
ural history, Bribri ethnic group.

Resumen

En este texto, además de transcribirse completo el artículo *El antiguo convento de la misión de Orosi en Cartago de Costa Rica*, publicado de manera anónima en 1860 en la revista alemana *Das Ausland*, se demuestra que su autor fue el naturalista alemán Alexander von Frantzius, y no su colega Karl Hoffmann. Además, se hace una interpretación -mediante numerosas notas al pie de página- de varios aspectos de su contenido, relacionados con temas de historia natural, etnografía e historia.

Abstract

Orosi's valley, explored by Alexander von Frantzius

Luko Hilje Quirós

Besides entirely transcribing the article *The old convent of the Orosi Mission in Cartago, Costa Rica*, which was anonymously published in 1860 in the German magazine *Das Ausland*, it is demonstrated that its author was Alexander von Frantzius, a German naturalist, and not his colleague Karl Hoffmann. In addition, through many footnotes, an interpretation is made of several aspects of its contents dealing with natural history, ethnography and history.

INTRODUCCIÓN

Hace poco más de siglo y medio, en enero de 1854, llegaron a Costa Rica dos jóvenes médicos alemanes, a cuya profesión sumaban el interés por explorar nuestra naturaleza: Karl Hoffmann y Alexander von Frantzius (Figura 1), de 30 y 32 años, respectivamente. Traían consigo una carta de recomendación dirigida al presidente don Juan Rafael Mora, escrita por el sabio naturalista y humanista Alexander von Humboldt -que había realizado una expedición de un lustro por varios países americanos, entre 1799 y 1804- y a quien habían conocido, ya anciano, en Berlín.

Oriundos de la provincia de Pomerania, en el reino de Prusia, Hoffmann nació en Stettin y von Frantzius en 1821 en Danzig (correspondientes a Szczecin y Gdańsk, hoy pertenecientes a Polonia). Compañeros de estudios en medicina, se habían graduado juntos en la Universidad de Berlín y, debido a la convulsa situación política, económica y social de la Alemania de entonces, causada por las luchas antimonárquicas, decidieron emigrar e instalarse en Costa Rica para siempre.

Hoffmann moriría en 1859 -poco después que su esposa Emilia, quien lo había acompañado en su viaje a Costa Rica-, tras una crónica enfermedad que se exacerbó como resultado de sus esfuerzos como cirujano de nuestras tropas durante la Guerra Patria. Por su parte, von Frantzius se casó y, tras enviudar aquí, regresaría a Alemania en 1869, donde moriría en 1877, en Friburgo.

Durante su estadía en Costa Rica, si bien realizaron juntos varias giras de corta duración para recolectar animales -aunque a Hoffmann

también le interesaban mucho las plantas-, en realidad cada uno de ellos emprendió excursiones por cuenta propia y, como norma, nos legaron muy valiosos testimonios escritos de sus percepciones e impresiones al recorrer numerosos parajes silvestres.

Dado su mayor tiempo de permanencia en el país, de von Frantzius se cuenta con una amplia lista de publicaciones,¹ pero la de Hoffmann se limitó a los relatos de sus ascensos a los volcanes Irazú y Barva, ambos en 1855. El primero fue publicado en 1856 con el título *Eine Excursion nach dem Volcan de Cartago in Central-America*, en la revista *Bonplandia* (3: 27-34), en tanto que el segundo también apareció en *Bonplandia* (16-17: 302-320) en 1858, con el título *Eine Excursion nach dem Barba-Vulkan in Costa Rica*; serían traducidos por el profesor José Dávila Solera, para ser publicados en 1947 en la *Revista del Instituto de Defensa del Café* y en 1941 en la *Revista de los Archivos Nacionales*, respectivamente.

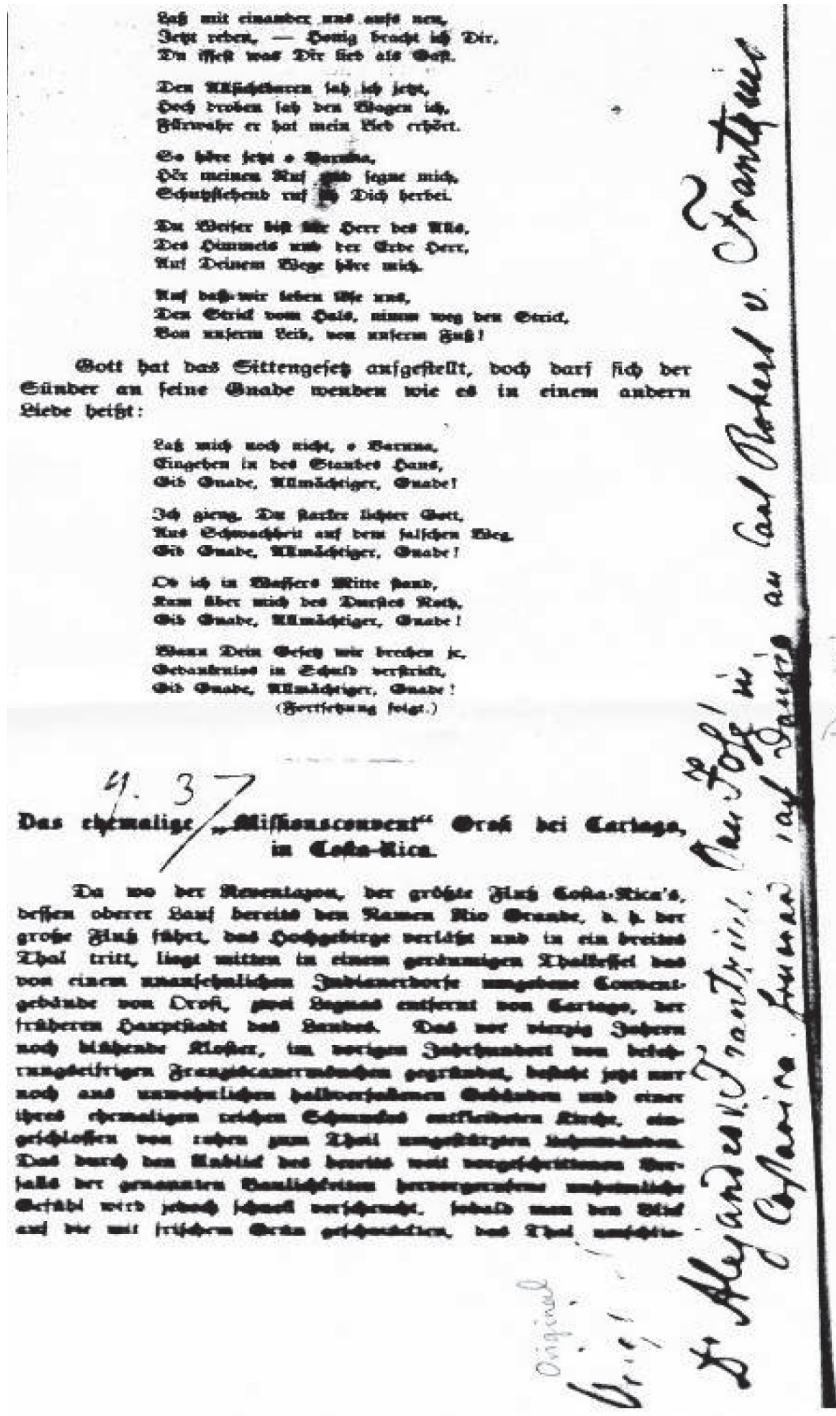
Esta aclaración es pertinente y oportuna, por cuanto ha habido mucha confusión acerca de la paternidad del relato aquí contenido, referido al valle de Orosi, en Cartago, el cual apareció publicado de manera anónima en 1860, en dos partes, en la revista *Das Ausland* (50: 1180-1185 y 51: 1209-1214), con el título *Das Ehemalige Missionkonvent Orosi bei Cartago in Costa Rica*; también fue traducido por Dávila y publicado en 1938 en la *Revista de los Archivos Nacionales*. Tanta es la confusión, que en su libro sobre Hoffmann, el célebre y recordado historiador don Carlos Meléndez lo incluyó como si fuera de éste -al referirse a tres relatos, alude a los del Irazú, Barva y Orosi-, argumentando que:

Este análisis nos ha llevado incluso a adjudicarle a Hoffmann un trabajo que anteriormente ha sido atribuido a Frantzius; me refiero al relativo al convento de Orosi. Estilísticamente no caben dudas sobre esta paternidad, que adquiere mayor respaldo si apuntamos además que los tres relatos aquí recogidos tienen su punto de arranque en la salida desde San José, ya hacia los volcanes Irazú o Barva, ya hacia Orosi.

Debo indicar que, en realidad, durante mis indagaciones acerca de la vida y obra de Hoffmann, nunca me topé con ninguna fuente escrita que vinculara a von Frantzius con dicho relato. Eso sí, tuve la fortuna de me alertara al respecto, y de manera muy oportuna, el botánico y erudito Dr. Jorge León Arguedas.

El me indicó que, cuando se publicó la versión del artículo traducida al español, el reputado historiador don Ricardo Fernández Guardia preguntó a don Anastasio Alfaro -entonces director del Museo Nacional- acerca de la autoría de este artículo, quien respondió que el único científico alemán presente en el país en la época en que dicho texto fue escrito era von Frantzius; el traductor (Dávila) consigna -pues en el documento original en alemán no aparece así- que el viaje se realizó en 1860, y posteriormente se habla de un segundo viaje, un año después, fechas en que Hoffmann ya había muerto.

Además, el argumento de Meléndez sobre el estilo no me parece tan sólido, pues en pocos pasajes del relato la prosa tiene el lirismo propio de los dos relatos de Hoffmann, además de que el traductor -común para los textos



de ambos científicos- podría haber influido en tal sentido.

Asimismo, lo que aquél señala en cuanto a que "los tres relatos aquí recogidos tienen su punto de arranque en la salida desde San José", aludiendo de manera implícita a que von Frantzius vivía en Alajuela -adonde por razones de salud se instaló poco después de arribar a Costa Rica-, carece de sustento, pues tengo evidencias irrefutables de que antes de 1860 von Frantzius ya se había mudado a la capital, desde donde pudo haber emprendido su viaje a Orosi.

Otra evidencia es que el contenido del relato es más bien de carácter antropológico, con un fuerte énfasis en las costumbres de los indígenas en Orosi. De hecho, *Das Ausland*, cuya traducción es *El [País] Extranjero*, era una revista de geografía y etnografía, disciplina que von Frantzius abordó en varios otros artículos, más no así Hoffmann.

Pero, para que no quede duda alguna, la búsqueda del microfilme del relato en la Biblioteca de Hannover reveló pruebas fehacientes de la paternidad del artículo. Curiosamente, los demás artículos de la citada revista tienen consignado su respectivo autor, como se estilaba normalmente. Sin embargo, aunque en éste no lo había, la primera parte tiene una leyenda escrita a mano (posiblemente por la bibliotecaria), que dice: "Original Alejandro v. Frantzius. San José de Costa Rica. Honorarios a Danzig a Carl Robert v. Frantzius" (Figura 2); asimismo, en la segunda parte, otra leyenda dice: "Original D. Frantzius". Puesto que Danzig era la ciudad natal de von Frantzius y se cita ahí a un pariente de él,² ello significa que hubo un pago por la publicación, y que fue remitido a su pariente. Es decir, es induda-

Figura 2. Facsímil de la primera página del relato original

ble que el autor del relato fue von Frantzius.

Aclarado esto, debo señalar que en el relato que aparece a continuación, me tomé la libertad de editarlo, para estructurarlo en párrafos cortos y de fácil lectura (a diferencia de algunos párrafos muy extensos en el texto original); asimismo, suprimí los nombres escritos en cursivas, para evitar posibles confusiones de nomenclatura, dejando únicamente los nombres científicos de plantas y animales, y algunas expresiones en latín. Además, con fines interpretativos, incluí numerosos pies de página y, cuando se trata de asuntos breves, utilicé paréntesis cuadrados o corchetes en el propio texto; además, las valiosas observaciones de don Carlos Meléndez o de don José Dávila aparecen consignadas como tales en los respectivos pies de página.

EL ANTIGUO CONVENTO DE LA MISIÓN DE OROSI EN CARTAGO DE COSTA RICA

El Reventazón, el más grande de los ríos de Costa Rica,³ que en su curso superior lleva ya el nombre de río Grande,⁴ abandona la alta sierra y penetra en un dilatado valle (Figura 3), precisamente allí donde en medio de una extensa hondonada se encuentra el edificio del convento de Orosi, rodeado de una mezquina e insignificante aldea de indios que dista dos leguas⁵ de Cartago, la antigua capital del país.⁶

De este convento, hace cuarenta años todavía floreciente, fundado por celosos misioneros en el siglo pasado, subsisten en la actualidad⁷ tan solo algunas habitaciones medio destruidas, inhabitables, y una iglesia despojada de sus antiguos ornamentos, rodeada de tapias de barro toscas y en parte caídas.

El lúgubre sentimiento que provoca el aspecto de ruina tan avanzada que tienen estos edificios,⁸ se disipa sin embargo rápidamente tan pronto como se deja vagar la mirada por los montes cubiertos de árboles que rodean el valle, ataviados con un color verde lleno de frescura, y que abriéndose solo hacia el norte ofrecen una vista magnífica de las cumbres de las montañas donde están los volcanes Irazú y Turrialba, a la vez que un rumor constante nos revela la proximidad de un río considerable.

Tales impresiones trasladan a otro mundo a quien busca en la estación seca un lugar de refugio para refrescarse, huyendo a Orosi de los constantes torbellinos de polvo de las calles de San José, la capital.

Peor que durante el tiempo canicular en las capitales europeas es la permanencia en la de Costa Rica durante los meses de febrero y marzo. Cuando ha mugido por espacio de tres meses, día y noche, el viento del Nordeste que todo lo seca, ahuyentando toda nubecilla e introduciendo el polvo aún en los cuartos mejor cerrados, abandonan muchas familias la ciudad y se retiran, unas a sus haciendas de café y otras al puerto de Puntarenas,⁹ animado solo en este tiempo por la visita de algunos navíos, para respirar allí en la playa durante algunas horas, cuando el ardiente sol se ha ocultado detrás de las montañas de Nicoya, la brisa refrescante y restauradora del mar.

En San José cesa por este tiempo toda vida social. Todo el mundo vive solo para el café, el único artículo de comercio de Costa Rica. Mujeres y niños recolectan las maduras bayas de los cafetos; los hombres se ocupan en limpiar los

granos; los campesinos, a quienes no ofrece ninguna ocupación el suelo seco, utilizan este tiempo para llevar al puerto el café en sus pesadas carretas de dos ruedas, tiradas por bueyes y traer las mercaderías recién llegadas.

Los empleados mismos abandonan apresuradamente sus oficinas, después de cuatro horas de trabajo, y se van pronto a sus haciendas de café; pero la más dura tarea en este tiempo toca a los comerciantes. Llegan constantemente carretas cargadas de café, el cual se pesa y es escogido por mujeres, puestos en sacos y enviado al puerto. Otras carretas traen mercaderías que hay que descargar y desembalar en parte, llevar a los almacenes y vender otra parte de ellas a los comerciantes en pequeño, quedándole así al atormentado comerciante, apenas en la noche, el sosiego necesario para dormir.

Amarga es la suerte de los que con este trajín que extenua el cuerpo y el alma sienten la necesidad de refrigerio y que por sus ocupaciones no pueden ir a buscarlo en las montañas que rodean a San José, cuyo verde oscuro parece hacerles constantemente señas, invitándolos a gozar en ellas de lo que desean; pero también puede considerarse feliz aquel a quien le es dado escapar, aunque sea solamente por corto tiempo, del polvo de las calles.

Cuando yo también sentí en alto grado, en medio del tráfico producido por la cosecha del café, la insoportable soledad y abandono que tiene que oprimir y ahogar a quien no esté interesado ni sea copartícipe en el negocio del café, me pareció que ningún lugar era más adecuado para obtener una mudanza bienhechora y aliviar el espíritu y el cuerpo que Orosi,

con el fresco perfume de sus bosques.¹⁰

Pronto se reunió una pequeña sociedad y enseguida salimos a caballo para Cartago. Como era un sábado en la tarde hallamos el camino extraordinariamente animado por una multitud de campesinos, algunos a pie y otros a caballo, que regresaban ese día del mercado semanal de San José.

En la primera mitad de este camino, hasta la aldea de Tres Ríos, se encuentran a ambos lados numerosas casas, en su mayor parte rodeadas de plantaciones de café, de modo que el recuerdo de la capital, donde todo el mundo vive por y para el café, no nos abandonó hasta que, más allá de Tres Ríos, el camino, que se eleva poco a poco, nos condujo a la sierra que separa el valle de San José del de Cartago.¹¹ Aquí principia un panorama enteramente distinto. Es este, ciertamente, por falta de vegetación exuberante, mucho menos agradable que el de la parte recorrida del camino; pero ofrece mayor variedad, porque las montañas se acercan aquí mucho más a la carretera.

Después de haber dejado atrás la laguna de Ochomogo,¹² una gran pradera que está en parte debajo del agua, animada por garzas blancas,¹³ se abrió ante nuestras miradas el magnífico paisaje de la extensa llanura de Cartago tendida a nuestros pies, con las montañas lejanas en el fondo, entre las cuales el Chirripó yergue su cúpula chata en el azul vaporoso sobre las otras cimas de las montañas.¹⁴ De aquí en adelante el camino descende y en breve nos encontramos en la ciudad de Cartago.

Esta ciudad ha retrogradado considerablemente desde que cesó de ser, en 1823, la capital del

país y fue trasladado a San José el asiento del Gobierno; sin embargo, se reconoce en las ruinas de los antiguos edificios destruidos por el terremoto del año 1841¹⁵ y las de la catedral, cuyo pórtico subsiste frente a la plaza del mercado, así como en los antiguos y modernos edificios que todavía se conservan, una solidez mucho mayor en la estructura de su construcción, que la que se observa en los de San José y demás ciudades de Costa Rica.

Pernoctamos en Cartago en una casa de huéspedes que existe desde hace dos años. Antes no había en Costa Rica ningún hotel: hace apenas de seis a ocho años que se han fundado aquí estos negocios, desde que aumentó el número de extranjeros y se produjo por ello más vida y comercio en el país. En tiempos anteriores era necesario recurrir, durante los viajes, a la hospitalidad de algún conocido, la cual ordenaba la Constitución del país, o había que ser introducido por un amigo en casa de un conocido de éste.

La espesa niebla que cubría el valle de Cartago al día siguiente y que pronto se disolvió en una densa llovizna que parecía de polvo de agua, no nos permitió continuar el viaje hasta después del almuerzo.

Estas nieblas matinales no son raras, dada la altura de Cartago que llega a 4318 pies sobre el nivel del mar.¹⁶ Por eso aquí todo, hasta la vegetación misma, en la estación seca, es mucho más fresco y nunca se presenta a la vista la aridez que se halla en las partes bajas de Costa Rica. En suma, el clima de Cartago es, por consiguiente, mucho más fresco y agradable que el de San José. Si el tráfico mayor de la capital no atrajera a las primeras familias y la mayoría de los extran-

jeros a San José, muchos preferirían vivir en Cartago, que en todos respectos ofrece más conveniencias y comodidades para la vida, que San José.

El camino de Cartago a Orosi, que al principio es algo desigual y desierto, se vuelve más y más hermoso y pintoresco a medida que se va acercando a Orosi. Primero se ven solamente dehesas con ganados, rodeadas de muros de piedra, cubiertas ahora de césped seco y amarillo; pero pronto nos encontramos en una hermosa llanura y pasamos frente a algunas plantaciones de caña de azúcar, cuyo tinte verde claro se destaca fuertemente del color oscuro del lejano bosque primitivo.

Por desgracia teníamos esta vez poca vista de las lejanas cumbres de las montañas; solo el [volcán] Irazú dejaba ver por momentos su ancha cima y la garganta o desfilaro de la laguna del Derrumbo,¹⁷ pues en torno de su cima y de sus ramificaciones dentadas y llenas de desgarraduras que lo unen con el [volcán] Turrialba, solo había nubes aisladas que retozaban.

Después de haber avanzado un trecho sobre la llanura con dirección al este, nos dirigimos al sur y luego bajamos al valle de Navarro. Un aire fresco de montaña nos soplabo de frente y la vegetación tomaba cada vez más el carácter de la de la selva virgen.

El camino estaba ya bastante seco, por fortuna, pues aquí es tan escarpado que durante la estación lluviosa, sobre este suelo resbaladizo, solo bestias absolutamente seguras pueden transitar. El camino termina con recodos en forma de zigzag hasta el fondo del valle, donde se pasa cerca de una mina de cobre, propiedad de un inglés llamado Anderson,¹⁸ muerto re-



Figura 3. Panorámica del valle de Orosi, con la ciudad homónima a la derecha y el río Reventazón a la izquierda

cientemente, la cual está ahora abandonada.

A unos cien pasos antes de llegar al puente que está sobre el río Navarro, se ve muy cerca del camino, al pie de una ladera de montaña, una masa calcárea en forma de estalactitas, de donde nace una fuente que brota con fuerza y en cuyo breve curso hacia este río y en el lugar donde desemboca en él, deposita en todas partes masas de sedimento calcáreo. Esta es una de tantas fuentes de agua caliente que se encuentran especialmente en el sur de Cartago y también

en otros lugares de Costa Rica. La fuente cálida de Navarro cuya agua clara es totalmente insípida y que, a juzgar por sus sedimentos, parece contener una cantidad considerable de cal, tiene una temperatura de 25,8°R.¹⁹

Apenas habíamos pasado el puente del río Navarro cuando apareció en frente de nosotros la hermosa casa de habitación de la hacienda de Anderson, que ha servido ya muchas veces de mansión de temporada a extranjeros y ha sido descrita por ellos.²⁰

Después de haber pasado a caballo frente a la cantera y el horno de cal, al trapiche y al aserradero que pertenecen a la hacienda, y de haber dejado a la izquierda también la agradable casa de habitación, proseguimos el viaje a lo largo del río, en cuya orilla se hallan los cañaverales; caminando todavía adelante, cuesta abajo, donde el hasta aquí angosto valle se ensancha y se convierte en el valle de Orosi, está la gran hacienda de caña de azúcar de don Jesús Jiménez [Zamora], uno de los hombres más inteligentes de Costa Rica, que era hasta hace poco

Ministro de Instrucción Pública, pero al presente es gobernador de la provincia de Cartago.²¹ Ha hecho ya mucho a favor de Orosi y señaladamente con la apertura de una zanja para conducción de agua, que corta la llanura del valle de Orosi y ha contribuido mucho a desecar el suelo en muchos sitios pantanosos durante la estación de las lluvias.

En un corto trecho se cabalga entre altas cercas formadas de una bromeliácea, cuyas hojas largas, angostas y cubiertas de espinas suministran una sustancia fibrosa fina que, como nuestro cáñamo o lino, se emplea en redes, cordeles, etc.²² Entre estas plantas de setos que llevan en Costa Rica el nombre de pita y cuyas rojas masas de flores salen del corazón de la planta, crece y se enlaza una hermosa convolvulácea de flores amarillas hasta las ramas altas del árbol de coral (*Erythrina corallodendron*) que entre esas plantas se halla, al cual llaman aquí poró y tiene gran importancia como planta para vallados.²³

Repentinamente tuerce el camino hacia el sur y se abre en una gran llanura, en la que se divisa una multitud de chozas de indios cubiertas de hojas de palmeras,²⁴ y entre ellas, en el verde prado, pacen ganados. En el límite del sudoeste de la llanura se ve un edificio mucho más grande, con un campanario blanco, pero todo rodeado de verdes pendientes cubiertas de espesa arboleda.

Ahora vamos trotando por entre las diseminadas cabañas con la conciencia de haber alcanzado el fin de nuestra jornada, dirigiéndonos alegremente por la llanura hacia el convento; y llegados a él, nos hicimos mostrar las habitaciones que nos habían destinado y que el señor cura nos había cedi-

do, gracias a la amable recomendación del señor Gobernador.²⁵

Los cuartos en que habíamos de vivir durante algunos días, tenían sin embargo poco de atrayente. Ventanas no las había. Solo las puertas, cuando no estaban cerradas, dejaban entrar la luz del día. En vano buscábamos mesas, bancas y camas.

El alcalde del lugar nos ayudó a remediar las más sensibles necesidades, y mediante su autoridad nos hizo obtener, valiéndose de los indios, algunos de los más necesarios medios de subsistencia. Había conseguido leña prudentemente de antemano. Los víveres indispensables los habíamos enviado adelante en una carreta tirada por bueyes, y como ésta había llegado ya, afortunadamente, pronto ardió un alegre fuego en el hogar de la arruinada cocina del convento y en media hora nos preparamos una sabrosa comida.

Después de comer, dimos un paseo para conocer los alrededores más inmediatos y encargar a los indios que nos habían sido recomendados como hábiles tiradores, que nos trajesen, durante nuestra ausencia, pájaros y otros animales de la selva virgen. Nos dirigimos después al río, cuyo rumor constante nos había atraído más que todo lo restante. Después de haber atravesado el bosque bajo y las malezas que había en la orilla, nos encontramos sobre los guijarros que cubren su lecho en ambos lados.

Aquí vimos, por primera vez, los notables puentes colgantes hechos de bejucos o enredaderas por los indios. Como el material con que estos puentes están elaborados es poco durable, tienen que ser renovados cada año, y son tan fuertes que los indios pueden pasar sobre

ellos con sus cargas a las espaldas sin peligro alguno. Se encuentran dos más de estos puentes colgantes en los alrededores de Orosi. Aquí los llaman "puentes de hamaca", pues en efecto parecen hamacas (Figura 4).

Constan de tres largos rollos o líos del grosor del brazo de un hombre, hechos de bejucos y unidos a distancias iguales por ataduras transversales. Ambas extremidades del puente están atadas a fuertes postes de árboles; pero es tan exigua la tensión, que el puente, en el medio, cuelga en forma de curva bastante baja. Se camina sobre el rollo o lío más bajo como un acróbata sobre la cuerda o maroma, agarrándose de los otros dos líos laterales, que están más arriba.

En la tarde nos visitó el alcalde del lugar, que también es un indio, y algunos otros indios de los más distinguidos, que habían llegado ya en su grado de civilización hasta la chaqueta y los pantalones. Nos dieron informes muy interesantes respecto de estas localidades.

Una clara y hermosa mañana nos saludó al día siguiente. Hasta muy tarde no se levanta aquí el sol sobre las cumbres de las montañas cubiertas de bosque, y por consiguiente el fresco césped del fondo del valle permanece largo tiempo humedecido por el rocío de la noche. Cuando dejamos nuestros oscuros cuartos temprano en la mañana apareció ante nosotros, como por encantamiento y en la deslumbradora claridad, un cuadro magnífico. Severamente nos saludaban en lontananza las colosales cimas de los volcanes Irazú y Turrialba.²⁶

Deliciosamente matizadas se reclinan delante de las cumbres las masas de montañas cubiertas de

bosques que ciñen el pie de los mencionados volcanes, y envuelta en una sutilísima niebla azulina se veía más abajo la llanura de Ujarraz,²⁷ continuación del valle de Orosi, en tanto que en primer término las dispersas cabañas de paja de los indios y, entre ellas, algunas esbeltas palmeras de pe-jibaye²⁸ realizaban la impresión pintoresca de todo este delicioso cuadro, que está encerrado como en un marco por las montañas vecinas que rodean el valle.

A la izquierda por la pendiente sobre la cual sube serpeando el camino de Cartago, y a la derecha por las montañas de Cachí cubiertas de verde bosque, que se pierden al sudeste en el valle superior del río Grande, donde se ofrece a la mirada un nuevo paisaje totalmente distinto cuando se contempla de lejos, dentro del valle últimamente mencionado, en que se distinguen perfectamente los valles adyacentes del río Purizil y del río Macho y en cuya entrada se yergue un pequeño cono regular, todo igualmente cubierto de espeso bosque primitivo de altos árboles.

Solo un corazón y una mente completamente embotados pueden permanecer insensibles a la vista de tales cuadros de la Naturaleza, en los que se manifiestan a la vez una calma sublime y una vida joven y vigorosa.

Aprovechamos la frescura de la mañana para bañarnos en la fuente tibia que dista solo unos cien pasos del convento. Inmediatamente, al pie de la falda de la montaña, brota aquí un agua clara entre arbustos que le dan sombra, rodeada de helechos delicados y begonias de blancas flores, en una gran jofaina natural que ofrece suficiente espacio para bañarse cómodamente en ella. La temperatura de esta fuente

llega a 27,6°R y es altamente bienhechora para el cuerpo.

Refrescados por este baño visitamos, después de haber tomado el previo desayuno, al propietario de una hacienda de café contigua al convento. Fue plantada hace nueve años por el mismo dueño, quien emplea para ello poquísimos capital, y debe dar ya en este año un producto de 300 quintales de café.

Don Lucas, el propietario de esta hacienda, es médico en Cartago²⁹ y vive aquí con su numerosa familia, desde hace dos meses, para vigilar y dirigir personalmente la recolección del café. Es gran amigo de las ciencias naturales, posee algunas colecciones y había adornado las paredes de su cuarto con algunos pájaros de los más raros de las inmediaciones. Se le considera como un gran protector de los indios, quienes también de vez en cuando le dan testimonios de su gratitud, por medio de regalos y otros servicios recíprocos.

En un jardín, próximo a la casa, había sembrado también diversas plantas útiles. Allí encontré algunos algodonereros³⁰ que crecen muy bien, pero que no se cultivan en gran escala en ninguna parte de Costa Rica por falta de brazos; vi, además, el arbusto que produce el ricino,³¹ que aquí se desarrolla frondoso en todas partes, pero cuyo aceite solo se usa para quemarlo, por no saber cómo se refina.

Una multitud de moreras están cerca de la casa, aguardando desde hace largo tiempo la introducción de los gusanos de seda, que en años anteriores habían sido ya criados con éxito en Costa Rica, pero que luego se dejaron perecer.³² También hallé muchas de las especies de abejas que hay en

Costa Rica, de las cuales algunas reemplazan completamente a las abejas mansas de Hungría.³³ Estas últimas fueron también introducidas antes en este país, pero lo mismo que los gusanos de seda, se dejaron perder por falta de cuidados.

Tienen las abejas de Costa Rica la gran ventaja sobre las europeas de carecer de aguijón; y como se puede recoger la miel durante todo el año, resulta el negocio más productivo, no siendo inferior en nada esta miel al producto europeo. Solo que la cera de las especies nacionales tiene un color oscuro negruzco, que no desaparece con ningún lavado. No se hace la cría de las abejas de Costa Rica en colmenas, sino que se toma el pedazo de tronco de árbol en que se alojan y se coloca en un lugar protegido. Su propagación es igualmente sencilla. Se toma un pedazo de cera con celdas llenas de larvas y se pone en un pedazo de tronco ahuecado, sin preocuparse de que haya o no una reina en el nuevo panal.

Don Lucas nos invitó a hacer con él una excursión a los mencionados valles secundarios: el del río Grande, el del río Macho y el del Purizil. Antes de que hubiéramos llegado al final de la llanura nos enseñó un manantial de agua caliente, que brota en una hondonada de este suelo plano.

A una distancia de 50 pasos, poco más o menos, ya notábamos un ligero olor de ácido sulfúrico. El agua hervía con notable desprendimiento de gases, a una temperatura de 41,2°R. Es casi insípida, pero el sedimento de cristales depositados en las piedras bañadas por esta agua, revela que contiene una pequeña cantidad de sal de cocina. Las piedras que se encuentran siempre debajo del

agua están cubiertas por una "oscilatoria" verdeoscura. Esta alga de finísimos cabellos parece que no falta en ninguna de las fuentes termales saladas que he encontrado en Costa Rica.³⁴

Don Lucas me comunicó sus propósitos de establecer una casa de baños en la proximidad de esta fuente y aprovecharla como medicina. Este plan merece tanta más atención cuanto que la Naturaleza ha reunido aquí las condiciones más favorables para hacer de Orosi un agradable balneario. Rodeado de montañas, goza de una situación que tiene la ventaja sobre otros lugares de que en tiempo seco no es azotado de vientos muy molestos.

Es Orosi, ciertamente, más cálido que San José; sin embargo, el calor no es tan opresivo como en otros puntos. Su altura sobre el mar, según mis medidas barométricas, llega a 3.210 pies de París³⁵ y su temperatura media es de 15,4°R.

No cabe duda de que este lugar, tan ricamente dotado por la Naturaleza, sería muy visitado por bañistas, tanto de los que buscan la curación de una enfermedad determinada, como de los que tan solo desean hallar descanso y recreo con un cambio de lugar. Sería cuestión de prepararles un alojamiento conveniente. Las desnudas paredes de las celdas oscuras del convento y las estrechas y oscuras chozas de los indios, no convidan, en verdad, a vivir largo tiempo en Orosi. Ojalá que el propósito de Don Lucas llegue a realizarse pronto; el éxito será para él remunerativo.

Ahora entrábamos a caballo en el valle del río Grande, más arriba de la llanura, dejando el río a la izquierda, mientras que a la dere-

cha del camino corría el agua de la zanja antes mencionada.

El objeto de nuestra excursión era visitar la nueva hacienda de ganado del general Montero³⁶, que está a media hora de camino en la parte alta del valle. El camino es uno de los más encantadores que he conocido. La selva virgen está aquí en parte aclarada por plantaciones aisladas de los indios, por lo cual este sitio tiene también el nombre de Los Platanares.

Entramos a caballo en una de estas plantaciones, donde vimos los plátanos en rara exuberancia.³⁷ En medio del bosque de plátanos había una cabaña miserable, en uno de cuyos lados estaba enroscada una mata de chayote (*Sechium edule*). Esta enredadera produce una de las más estimadas legumbres nacionales, cuyos frutos en forma de pera y de la especie del pepino³⁸, no faltan en ningún tiempo del año en ninguna mesa.

A algunos pasos de allí se encontraba un hermoso manantial frío, cuya temperatura llegaba a 15,5°R, igualándose mucho a la temperatura media del lugar antes indicada. Más adelante se hizo la selva más espesa. Como por todas partes en los trópicos, ostentaba aquí el bosque una infinita variedad de árboles, en contraposición con nuestros bosques europeos tan uniformemente poblados de encinas, hayas y pinos.³⁹

A la sombra de los altos árboles primitivos, de cuyas ramas colgaban guirnaldas de plantas trepadoras de las más diversas especies y sobre los cuales crecían en maravillosa variedad las bromeliáceas con magníficos racimos de flores, hallamos, luchando por desarrollarse en espeso bosque bajo de árboles jóvenes de montaña y de arbustos de las más diferentes fa-

milias de plantas. Se veían las más hermosamente florecidas melastomáceas arboriformes y cecropiáceas, lo mismo que euforbiáceas y solanáceas.⁴⁰

Inmediatamente sobre el suelo húmedo crecían en grandísima abundancia begonias de las formas y flores más distintas, blancas, rosadas y rojas, pequeñas y grandes, con hojas enormes y otras pequeñas, bajas, que permanecen en el suelo y orgullosas trepan como parásitas a lo largo de los troncos cubiertos de musgo.⁴¹

El silencio de la soberbia magnificencia de la selva era solo interrumpido por las pisadas de nuestros caballos y por el monótono, melancólico o agudo grito de algún pájaro del bosque. Aquellos cuyo canto uniforme cautivó más nuestra atención fueron el quetzal, la calandria, el jilguero y la oropéndola. Además se oían diferentes especies de tucanes, palomas silvestres y también los tordos, que se hallan con frecuencia en algunos lugares, y una magnífica tångara de color rojo escarlata y negro.⁴²

El quetzal (*Trogon resplendens*) pasa por ser el más bello de los pájaros de Costa Rica: es del tamaño de una paloma y tiene sobre la cabeza un copete de plumas que parecen rayos. Toda la parte superior del ave es de un dorado verdoso, mientras que el pecho y el vientre están teñidos de rojo escarlata; pero su adorno más bonito son las dos angostas plumas de su cola, de un dorado verdoso y que tiene por lo menos dos pies de largo.

La calandria (*Chasmarhynchus*) es algo más grande que el quetzal: en la parte superior es de color canela y debajo blanca como la nieve. El pico puede abrirlo, como nuestras golondrinas nocturnas,

hasta muy hacia atrás. Son peculiares de este pájaro tres apéndices largos, delgados, carnosos, de color gris de pizarra, de los cuales, el uno está por encima del pico, como el del pavo, y los otros cuelgan a los lados del pico.⁴³

Uno de los pájaros más notables de Costa Rica es el jilguero. Sus mágicas notas, como de flauta, son conocidas de todos los que han penetrado en las regiones de las altas montañas en la selva primitiva; sin embargo, no se deja ver en ninguna parte. Ancianos que han pasado mucho tiempo de su vida en el bosque virgen me aseguraban que nunca habían llegado a contemplar este pájaro y tampoco yo lo conseguí, aunque frecuentemente pude oír muy de cerca las notas de su canto. Traté en vano de espiar este maestro en las cimas de los altos árboles de la selva primitiva.⁴⁴ Del notable *Cephalopterus ornatus* que aparece en las partes más lejanas del denso bosque virgen, no pude obtener, por desgracia, ningún ejemplar del cazador encargado de esto.⁴⁵

En los sitios abiertos, donde los cálidos rayos del sol brillaban sobre nuestro camino, revoloteaba un enjambre de mariposas de los más hermosos colores, entre las cuales atrajeron especialmente nuestra atención la gran *Brometeus* y otra diurna que se distinguía por su azul brillante.⁴⁶

De pronto se arralaron los árboles de nuestro camino y nos encontramos a la orilla del río Macho, afluente del río Grande. El río Macho corre mugiendo entre enormes bloques de piedra. Tampoco se ha puesto nunca un puente sólido sobre este río. Se atraviesa a caballo o se pasa sobre los puentes de hamaca, que también aquí han sido colocados.

Cuando subimos por un estrecho sendero al otro lado del río, apareció ante nosotros, sobre un verde prado, la vivienda lindísima del general Montero, que es un fortín muy sencillo rodeado de una valla hecha de piedras toscas, cuidadosamente reunidas y colocadas, y en todo el rededor pacía el ganado.

El general, a quien sorprendimos en medio de su trabajo, vino a nuestro encuentro conforme a la costumbre del país y como todos los que trabajan al aire libre o sea en mangas de camisa y con el machete en la mano. En la selva virgen no se aleja uno con gusto de su habitación sin llevar consigo un cuchillo, o un machete, pues a cada momento se ofrece la ocasión de hacer uso de tal instrumento.

Después de habernos introducido en su casa, nos contó el general varias cosas interesantes de aquellos contornos. Había descubierto recientemente, al abrir un camino, una cantidad de tumbas de indios en las cuales había hallado especialmente objetos finos de arcilla. En algunos de ellos se distinguían aún toscas figuras pintadas; también había encontrado utensilios de piedra cincelados y algunas perlas de vidrio azul; prueba de que los indios enterrados aquí habían tenido relaciones con los españoles.

Supimos también, por el general, que el terreno de su propiedad, que fue comprado en 1838 por un ingeniero inglés al Estado,⁴⁷ había venido a su poder hacía cuatro años y que una gran parte de la antigua selva virgen había sido transformada por él en pradera, mediante la tala del bosque, de suerte que su finca tenía ya cerca de 3000 cabezas de ganado vacuno. Su propiedad tiene esencialmente ventajas naturales. Rodeada

por tres lados de impetuosos torrentes que bajan de las montañas, se ha ahorrado las enormes sumas que le habrían costado las cercas, y el pasto permanece verde durante todo el año, de manera que el ganado tiene siempre alimento suficiente y, finalmente, existe aquí un manantial de agua caliente que deja en el suelo en cantidad bastante la sal tan necesaria para el ganado.

Fuimos enseguida a caballo con el general a ver esta fuente, que brota al sur de la ya mencionada colinita cónica. Se ve allí, en una extensión de 50 pasos aproximadamente, todo el suelo algo inclinado hacia el norte, regado por una multitud de fuentes; pero de tal manera que el agua caliente en ningún lugar sale en cantidad considerable. La temperatura alcanza, en los sitios donde el agua brota en mayor cantidad, a 44,7°R; en otras fuentes, por lo contrario, solo a 40°R. Aquí no aparecen incrustaciones calcáreas como en otras fuentes y no faltan las antedichas algas verdeoscursas. Aunque contiene una cantidad notable de sal de cocina, que es ávidamente lamida por el ganado en las piedras donde se deposita, no tiene esta agua sabor alguno.

De allí nos dirigimos con el general a caballo a la próxima y a la vez última hacienda, que está separada de la finca del general por el río Blanco y alcanza hasta el río Purizil, que es también un afluente del río Grande. Aquí ya llueve con más frecuencia y por eso no hallamos el camino tan seco como el recorrido hasta allí, y tuvimos que atravesar algunos malditos charcos y lodazales, como solo se hallan en malos caminos durante la estación de las lluvias en otros puntos. También era allí el bosque primitivo mucho más denso, cau-

sa principal de que el camino no se seque tan fácilmente.

Cuando hubimos atravesado el río Blanco y subido al otro lado la escarpada orilla, vimos una sencilla casita de madera delante de nosotros, la modesta vivienda de su dueño, un joven de Cartago que había comenzado la planta dos años antes. Su joven esposa, quien solo durante el buen tiempo sigue a su esposo a la soledad de este bosque, la encontramos allí con un niño al pecho, y no pudimos menos que sentir cierta compasión viendo qué privaciones la pobre joven tenía que sufrir en ese lugar. El dueño estaba ocupado todavía en aclarar el bosque primitivo.

Como entre los troncos de los árboles de la selva virgen se encuentra una cantidad de maderas utilizables, entre las cuales está en primera línea el cedro,⁴⁸ el costo de la limpia se paga en gran parte con la venta de estas maderas. Oímos los hachazos del lejano trabajador, que llegaban resonando hasta nosotros. Esos troncos derribados se llevan arrastrando, tirados por bueyes a Navarro, y allí se cortan en tablas. Más tarde piensa el propietario establecer un aserradero hidráulico,⁴⁹ para lo cual la situación del lugar ofrece grandes ventajas. Para una hacienda de ganado es tan propio este terreno como el del general.

El valle del Purizil, que desemboca en el del río Grande viniendo del sur, promete alcanzar cierta importancia algún día, como camino de unión con las aldeas de indios de Térraba y Boruca, situadas al sur. Ambas localidades se hallan precisamente a una distancia de 18 a 20 leguas, a lo más, con dirección al sur. El valle de Térraba se extiende, con una amplitud de casi cinco leguas de

hermosas y planísimas sabanas, desde la desembocadura del río de Térraba, en toda la longitud de su curso, bastante lejos hacia el norte, de manera que está separado seguramente del valle del Purizil por una masa enorme de montañas, la cual forma la división de las aguas entre el río Reventazón y el de Térraba.

Ya se sabía desde hace largo tiempo que la distancia entre ambos lugares no es tan grande, pues hace unos 60 años llegó uno de los frailes, conducido por los indios, en tres días de Térraba a Orosi. Hace apenas dos años que se ha prestado atención de nuevo a este hecho y se han hecho esfuerzos para volver a encontrar el antiguo camino que desde entonces no ha sido trillado otra vez.

En mayo de 1856⁵⁰ fue desde aquí una expedición compuesta de 16 hombres, por el valle del Purizil adentro, para atravesar la división de las aguas y llegar a Térraba. Por desgracia había ya comenzado el tiempo de las lluvias, con insólita violencia; y como el camino, siempre montaña arriba conducía a considerables alturas, donde las gentes estaban siempre envueltas en nubes y lluvia, no tenían manera de ver a lo lejos, ni era posible avanzar a voluntad de la humedad de la selva virgen.

Finalmente, creyeron haber atravesado la división de las aguas, y los ríos que allí nacen parecían correr hacia el sur, cuando hubo que emprender la retirada, pues el ánimo de los hombres había decaído y la mayor parte de ellos enfermaron y los habían hecho regresar. Es de esperar que el fracaso de esta tentativa no detenga a otros y que se continúe en esta empresa tan importante.

Las hermosas llanuras del valle de Térraba son por su naturaleza sabanas especialmente adecuadas a la cría de ganado. La población es extremadamente desahogada al trabajo y, a pesar de la presencia constante de sacerdotes, ha sabido con tal tenacidad conservar su estado natural que en los últimos 50 años no puede hablarse de progreso alguno alcanzado en civilización. El comercio con estas aldeas de indios se hace al presente solo por un rodeo penosísimo y consiste apenas en un mensajero que va y viene lentamente a pie cada mes, para mantener la correspondencia entre el cura y el Gobierno.

Si en vez del penoso camino en que se emplean diez días ordinariamente, se pudiera utilizar el que se busca, se estaría en condiciones de establecer en Térraba haciendas de ganado y de transportarlo con facilidad a Cartago en pocos días. De esta manera una parte de Costa Rica, que al presente solo causa gastos al Estado y absolutamente ninguna entrada proporcional, sería pronto de gran utilidad y provecho para el resto del país.

El tráfico de los indios de Térraba se reduce al presente a un cambio de artículos con las tribus todavía salvajes de los viceitas⁵¹ que habitan lejos, al este de aquéllos, en Bocas del Toro.⁵² Los pocos artículos de lujo que necesitan los compran en Chiriquí. Relaciones por mar con Puntarenas no existen casi en lo absoluto. En general, no puede hablarse de comercio con una población que no tiene productos especiales y cuyas necesidades para la vida, por otra parte, se limitan a tan exigua proporción, como es el caso.

El día siguiente fue señalado para una excursión al otro lado del río Grande, donde se encuentran más numerosas poblaciones de in-

dios. El tiempo nos fue favorable, como en el día anterior. Aunque el río tenía muy poca agua en este tiempo y cabalgábamos en buenas mulas, tuvieron los pobres animales, a los que el agua les llegaba a la barriga, que esforzarse extraordinariamente para no ser arrastrados por la corriente tan fuerte, ni dar un mal paso en el fondo pedregoso del lecho del río.

Cuando hubimos llegado felizmente a la otra orilla, nos encontramos con los potreros pertenecientes a la comunidad, llamados El Palomar⁵³, los cuales están en una linda y pequeña llanura medio aclarada de bosque. Antes tenían allí también los indios sus plantaciones de plátanos, pero ahora está dedicada solo a potrero, y por cierto para beneficio de la escuela del lugar, pues cada indio de los que viven en Orosi y envía su ganado a esta dehesa, paga un pequeño impuesto. Cuán mal se administran estos fondos, no obstante, puede verse por el hecho de que en el último año solo entraron 25 pesos con los que la escuela pudo sostenerse tres meses únicamente.

Aunque El Palomar no se distingue por una vegetación exuberante como la de Los Platanares, que están enfrente, hace sin embargo una muy agradable impresión caminando por él como en un parque entre espesuras de arbustos separadas unas de otras y árboles, también aislados, mientras que aquí y allá cruza el camino un arroyo cristalino. También en las montañas adyacentes todavía muy densas, se derriban árboles utilizables. Vimos algunos troncos de cedros recién cortados de volumen colosal.⁵⁴

De aquí cabalgamos hasta Cachí, situado al nordeste de Orosi, en la orilla derecha del río Grande,

exactamente al frente de la llanura de Ujarraz. La antes mucho más numerosa población indígena de Orosi ha disminuido considerablemente en los últimos años, porque los indios evitan cuanto pueden el trato con los blancos y se han retirado a Cachí, que está más apartado, donde pueden vivir sin molestia, conforme a su carácter tímido y huraño; tal ha sido el caso particularmente desde que se han establecido en Orosi las haciendas mencionadas.

Allí hallamos siempre las chozas de los indios muy separadas, de modo que en Cachí, aunque el valle tiene varias leguas de extensión, no se encuentra en ninguna parte un pueblo.

Los ranchos están contruidos muy sencillamente y cada uno es semejante al otro. Son o redondos u ovalados y su interior está dividido en dos o tres secciones. La cocina y el dormitorio no están separados y, en medio, sobre el suelo, están colocadas algunas piedras que representan el hogar. Estos indios no usan trastos de cocina. Los plátanos y las yucas,⁵⁵ que son sus principales alimentos, son asados en las cenizas, y los animales que cazan, sobre el fuego. Una especie de bancas anchas, de las que algunas ocupan todo el largo de las paredes y sobre las cuales hay extendidas pieles sin curtir, sirven de camas.

Productos de la industria europea parecen evitar el usarlos, tanto como es posible; solo el hacha y el machete se encuentran casi en cada cabaña, pero se buscaría en vano un clavo de hierro. Los troncos redondos de árboles, cuidadosamente descortezados de que se compone la armadura del techo de la choza, están atados con bejucos.⁵⁶

Con los mismos materiales, cuidadosamente liados y colgados de las paredes, hay manojitos de hortalizas y demás objetos útiles. Lindos canastitos finamente trenzados en forma de peras reemplazan los baúles y cajas. Objetos de cuyo material para elaborarlos, los cambian por otros o los compran a otras tribus de indios, especialmente de palma, en Pacaca, y las redes para llevar objetos y hamacas, en Terraba y Viceita.⁵⁷

Los indios de Orosi no tienen absolutamente bellas formas corporales; son en su mayoría algo rechonchos, y las mujeres, especialmente las jóvenes, muy obesas o barrigudas. Tienen caras anchas y redondas, con pómulos algo salientes. El color de su piel es amarillo moreno y su cabellera negra y lacia.

Las mujeres ejecutan casi todos los trabajos de los hombres. Mientras éstos se quedan sentados en la casa, totalmente inactivos, va la mujer sola, o con un niño pequeño a las espaldas, a las plantaciones situadas en las montañas, para traer los víveres y la leña necesaria; también matan con sus flechas, en estas ocasiones, pájaros y otros animales de caza. Todas las cargas las traen a las espaldas y usan para sostenerlas una faja ancha en que apoyan la frente.

Cuando los frailes españoles vivían en el edificio del convento, se hizo mucho por la cultura de los indios. Se les exhortaba o impulsaba a labrar la tierra, se les sugería que vivieran juntos en las inmediaciones del convento, y se instruyó a sus niños en la escuela.

El embrutecimiento, o la vuelta al salvajismo de los indios, desde la supresión de la misión del convento en el año 1823,⁵⁸ debe atribuirse en gran parte al antiguo

ministro Calvo,⁵⁹ quien, aunque indio de origen él mismo, utilizó poco su posición para fomentar la civilización de los de su propia raza y más bien consistió en dejar que fracasaran o en que no tuvieran éxito medidas de gobierno muy convenientes o adecuadas, cuando resultaban incómodas para los indios. Dada la innata repulsión contra toda cultura, solo puede el Gobierno dictar aquellas disposiciones que ha hecho cumplir en otras aldeas de indios, por ejemplo en Curridabat, Aserri y Pacaca.⁶⁰

La adquisición de fincas fue también permitida aquí a los no indios, lo que tuvo por consecuencia que una parte de los indios se retiró voluntariamente, mientras que la otra se mezcló con los blancos. Ciertamente sería en consecuencia, solo para el mayor bien común, que el gobierno provocara la venta de las hermosas fincas de Orosi, que ahora en su mayor parte no son utilizadas. Llegarían entonces como verdadera propiedad a manos de dueños activos, que sabrían sacarles la debida utilidad. Si esto no sucede muy pronto, también la iglesia y el convento se arruinarán en breve totalmente, porque los indios no pueden conseguir los medios de conservar estos edificios.

La propiedad rural de los indios de Cachí y Orosi no puede según los privilegios que tienen, ser vendida *ad libitum* como la propiedad rural de otras partes. Todo el distrito, cuya extensión abarca unas 60 caballerías, pertenece a la comunidad. Cada familia, en particular, puede establecerse y cultivar en consecuencia donde le plazca. Donde ya otras han trabajado, tiene que arreglarse por las buenas con el predecesor, si éste no renuncia a su derecho. Solo los indios de esta comunidad tienen

este privilegio y, por el contrario, gentes de otros lugares solo obtienen permiso para establecerse allí cuando la comunidad da su asentimiento para ello. Sin embargo tampoco adquieren nunca el derecho de propiedad, sino tan solamente el usufructo.

Todos los indios de Orosi y Cachí, cuyo número asciende a algo más de 600, tienen un solo alcalde que vive en Orosi; asimismo hay en este lugar una sola escuela. A la misa igualmente tienen que venir a Orosi los indios de Cachí. En Orosi tampoco vive ningún sacerdote, aunque viene uno todos los domingos del Paraíso, lugar cercano,⁶¹ para decir la misa, a la cual solo asisten los indios en escaso número.

No se ven, aún en esta ocasión, muchos indios, y los pocos que aparecen, ya más civilizados, no se presentan con su traje nacional,⁶² sino que imitan tanto como pueden, las últimas modas. Quien quiera ver a los indios de Orosi y Cachí en multitud, unos y otros con sus trajes nacionales, tiene que asistir a la gran pesca que se verifica todos los años en la Pascua.

Orosi es, en general, famoso por sus excelentes pescados de río, que faltan casi totalmente en los otros ríos de Costa Rica. El más estimado de los que se pescan en el río Grande es el bobo; además aparecen allí algunos otros peces, entre otros una especie de anguila grande, llamada anguila; una especie pequeña de siluro o glano, el barbudo, y el tebemechín, semejante al bobo.⁶³

Es extraordinariamente difícil capturar el bobo, porque no muere al anzuelo. Los indios, por lo tanto, lo tiran con sus flechas y se precipitan después en el río para

sacar el animal herido, o colocan una especie de nasa o cesto para pescar, hecho de enredaderas, que llaman *atarraya*,⁶⁴ en la cual se enreda el pez y así es cogido en el fondo de las aguas.

La manera más fácil de capturar una gran cantidad de pescados en una sola vez, es por envenenamiento de las aguas, mediante el empleo del llamado barbasco. Se emplean dos plantas para esto: una euforbiácea con forma de arbusto, cuyas ramas rebosan de una savia lechosa, o una especie de bejuco o enredadera mucho más eficaz que la anterior.⁶⁵

La pesca se verifica siempre de noche. Vienen entonces todos los indios de los alrededores con sus mujeres y niños, acampan en grupos sobre ambas orillas del río, encienden una multitud de fogatas para cocinar las comidas y bebidas, y preparan todo lo necesario para la pesca.

Como sucede siempre en tales ocasiones, en las que no falta el aguardiente, adquieren todos, hasta las mujeres y los niños, un estado de ánimo más que alegre y de fuerte excitación. Los preparativos consisten en que en determinado punto del río se forma con leños una especie de dique o estacada doble, que se levanta poco a poco sobre el agua, de suerte que los peces aturdidos por la corriente son arrojados en medio. Los indios llaman esta doble estacada cama o chinchorro.

A la medianoche empieza la pesca propiamente dicha. Es uno de los más interesantes y pintorescos espectáculos que pueden verse, cuando se asiste para mirarlo iluminado por la luna llena. Poco tiempo después de que el barbasco ha sido arrojado al río lo más lejos posible, río arriba, llegan los

primeros peces al chinchorro, incapacitados para nadar por el veneno.

Con gran júbilo y salvaje gritería son saludados por los indios medio borrachos, en medio de una viva excitación. Los hombres, tambaleando, se arrojan entonces al agua para sacar los peces atolondrados, mientras que la luz rojiza de las fogatas llameantes en la orilla y la clarísima luz de la luna iluminan vivamente los cuerpos desnudos y morenos. Ciertamente podría esta escena suministrar material a un pintor hábil, para un cuadro interesantísimo. Los pescados que se cogen son repartidos entre los indios, después de que el alcalde ha recibido previamente su porción. Los indios mismos se comen la mayor parte, aunque los pocos que se traen a San José y a Cartago para venderlos son muy bien pagados.

Es, en general, característico de los indios el que el dinero no tiene para ellos ninguna fuerza atractiva, y por consiguiente prefieren vivir de la manera más miserable sin trabajar, a alquilarse como jornaleros en las cercanas haciendas para ganar algo. Su carácter, que detesta el trabajo, y su inclinación a pasar la vida en los bosques y andar errantes de aquí para allá, parecen ser el motivo que los impulsa a ir como portadores de cargas al puerto de Matina, de donde traen el cacao que allí se produce.⁶⁶

Como el camino que conduce a ese puerto se halla al presente en tan mal estado, que con frecuencia no es transitable ni siquiera para mulas, hay que practicar el tráfico por medio de mozos cargadores. Otra, aunque por cierto ilícita fuente de rentas, es el cultivo del tabaco que allí se produce extraordinariamente bueno. Sin embargo,

como constituye un monopolio del Estado, en ninguna parte del país se permite su cultivo.⁶⁷ En las espesuras inaccesibles de la selva y en los barrancos, saben los indios esconder tan bien sus plantíos, que casi siempre burlan la vigilancia de los empleados fiscales que persiguen este contrabando.

Entre las mujeres, solo pocas buscan en las ciudades su subsistencia como sirvientas; pero son muy solicitadas las nodrizas de Orosi,⁶⁸ pues se distinguen tanto por su cariño a las criaturas como por la sana disposición de su cuerpo, y conforme a su género de vida anterior son en extremo sobrias.

Al regresar, pasamos el río por la parte de abajo del puente colgante que primero mencionamos, cerca del lugar en que el río del Aguacaliente se une con el río Grande. Aquí pasa el río cerca de una roca que sobresale, formando un fuerte remolino. En este punto, según la leyenda, hay un tesoro de valor incalculable, hundido. Los indios, como en general los hombres ignorantes, son extraordinariamente supersticiosos y hay entre ellos muchas tradiciones que no son sin embargo de origen indio antiguo, sino que proceden, en su mayor parte, de los misioneros.

Algunas recuerdan "Las mil y una noches". Asustan a los niños con la "coyota llorona", es decir, con "la loba negra que aúlla". Cuentan que una vez una india que mató a su hijo fue transformada en una loba negra, y desde entonces vaga por las noches y espanta a los hombres con sus aullidos.⁶⁹ Hay otro monstruo que desempeña el principal papel en sus consejos. Este tiene la forma y la talla, las garras y la cola de un manatí, es muy peludo como un perezoso, está provisto de una melena y es manchado como un

tigre.⁷⁰ Cuando las gentes pasan sobre el puente colgante hace a veces crecer el río, produce una nube y devora a los hombres. Se dice que solo lo ven aquellos a quienes se come.

Cuando llegamos al convento, encontramos algunos de nuestros cazadores aguardándonos, con diversos pájaros que habían matado. Tuvimos pues qué hacer con la disección de estos pájaros. Fuimos bruscamente interrumpidos en este trabajo porque un zorro hediondo reveló su presencia con su penetrante olor. Después de una corta búsqueda lo hallamos en el prado frente al convento. Con unos pocos golpes en la nuca fue muerto en breve tiempo el animal, pero el hedor que esparció fue demasiado insoportable. Don Lucas, quien nos visitó a la mañana siguiente, nos dijo que él mismo había percibido el mal olor hasta en su habitación, que está situada a no corta distancia.

El olor se pega tan fuertemente en los objetos, que mi cortaplumas, que había sido utilizado para la disección, conservó el olor durante meses, aunque lo dejé varios días en el agua corriente de un arroyo. El zorro hediondo que hay en Costa Rica (*Mephitis chinga*)⁷¹ no es un animal feo, por su aspecto exterior; tiene el tamaño de un lechón mediano, el hocico puntiagudo en forma de trompa y ojos pequeños y saltones. En la espalda negra y lustrosa corren dos rayas blanquísimas desde la nuca al trasero, las cuales, unidas adelante, se hacen angostas y se separan hacia atrás. Fuertes garras en las patas delanteras le permiten hacer cuevas, las que solo abandona de noche.

A la mañana siguiente estábamos todavía ocupados con los especímenes de Historia Natural ha-

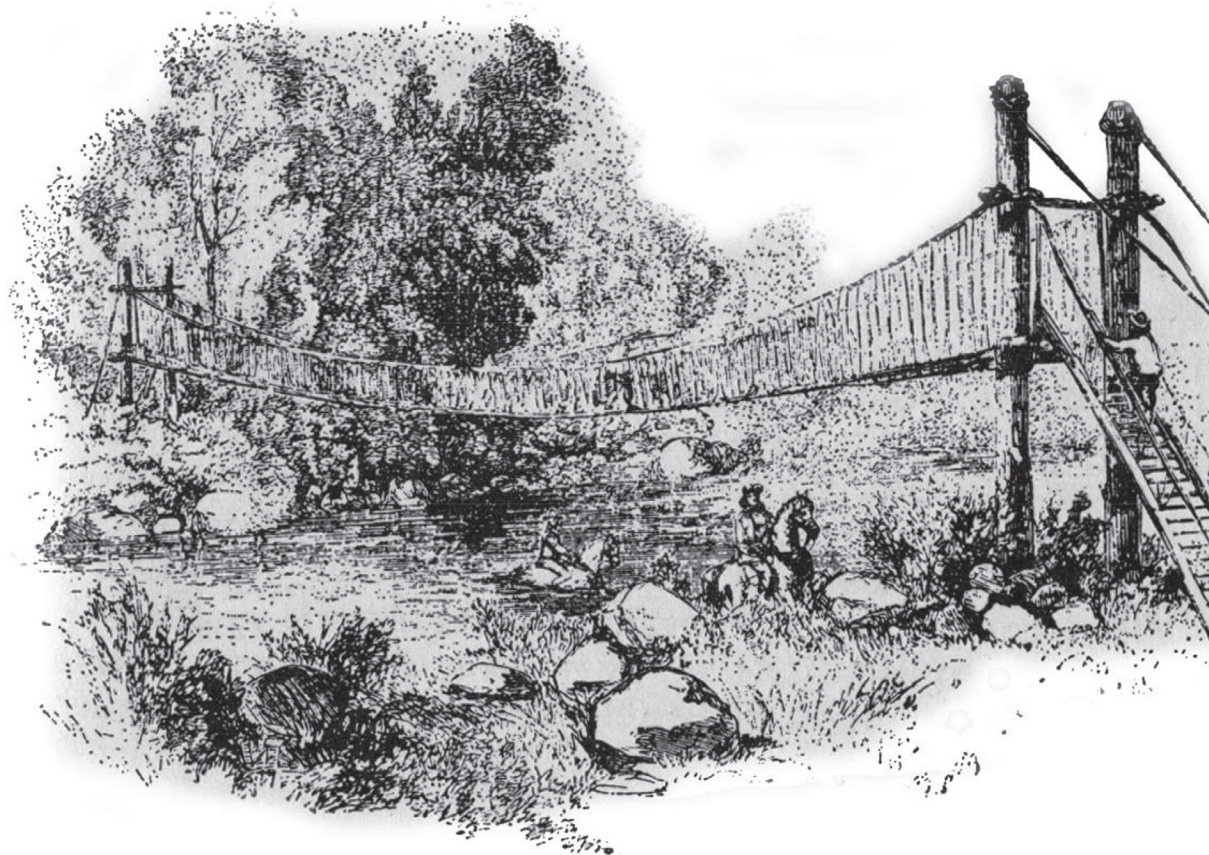


Figura 4. Puente de hamaca construido por los indígenas, en Orosi (Fuente: Meagher)

llados hasta entonces, cuando nos comunicaron que habían llegado algunos indios viceitas. Fuimos a la choza que se nos indicó, y encontramos allí cuatro indios sentados sobre un banco, los cuales habían depositado sus líos en el suelo, enfrente de ellos. Todos carecían de sombreros, y dos tenían el cabello negro y corto; los otros llevaban sus largas cabelleras atadas formando un moño.

Estos moños, las caras lampiñas, junto con las miradas tímidas y vergonzosas que de ningún modo revelaban algo de salvaje, como habría de creerse tratándose de tan incivilizados habitantes de las montañas, les daban más bien un aspecto femenino; sin embar-

go sus cuerpos en su mayor parte desnudos y la excepcionalmente bien desarrollada musculatura de sus excelentes extremidades, ostentaban unas formas viriles hercúleas. No tenían absolutamente ningún adorno en el cuerpo; su traje consistía tan solo en un cinturón púdico, llamado pampanilla y una chaqueta corta sin mangas, hecha de una tela azul ordinaria de algodón.

Traían consigo varias cosas para trocarlas, pero nunca aceptaban dinero, pues esto no tiene en sus selvas ningún valor. Los artículos que venían a trocar se hallaban en grandes cestas finamente entretejidas, que traían a sus espaldas, hechas de mastate (una especie de

corteza de árbol preparada de tal suerte que forma una tela de algunas varas de longitud y de una vara de ancho),⁷² además de los sacos de pita trenzada y de algodón ordinario en forma de redes.

Algunos abanicos de plumas de pavos silvestres⁷³ reunidas para soplar el fuego, era el único utensilio que tenían; un hacha acabada de ser trocada por ellos. Por los objetos que de estos indios recibí, pedían sal y un perro; en vez de éste les di aguardiente, azúcar y pan. Como su lengua no es ya bien comprendida por los indios Orosi, traían consigo un joven de Tucurrique, el cual les servía de intérprete. Más tarde fueron los indios a Cartago, donde habitual-

mente tienen que hacerse bautizar.

Al día siguiente dejamos Orosi, donde habíamos pasado algunos de los días más placenteros, no sin el vivo deseo de poder hacer muy pronto una segunda visita a esa población; pero hasta un año después no se nos cumplió este deseo.

Esta vez hallamos una acogida más agradable en el convento, que en el año anterior, pues algunas familias amigas habían escogido el edificio del convento para su morada en el verano durante algunos meses, y por lo tanto habían arreglado, en cierto modo, los inhospitalarios cuartos, haciéndolos habitables.

Fui a caballo esta vez directamente hacia el puente colgante, sobre la llanura, y como el tiempo estaba claro y bello, teníamos siempre a la vista, enfrente de nosotros, el hermoso paisaje del valle del Purizil, siempre verde y fresco. Cuando llegamos al lugar que corresponde al puente, donde un camino pedregoso que se devana en constante zigzag conduce por escarpada pendiente hasta el río, vimos un panorama indescriptiblemente hermoso, pues a cada vuelta del zigzag se ofrecía a nuestras miradas un paisaje totalmente distinto.



Figura 5. Fachada de la iglesia colonial de Orosi

Ya desde la mitad de la cuesta reconocimos los abigarrados trajes de las personas que nos aguardaban, descansando sobre el césped en la orilla opuesta. Pronto fuimos conocidos por ellas y saludados con gritos de alegría, en tanto que nuestras respuestas eran ahogadas por el rumor del torrente.

Después de haber atravesado a caballo el río, que esta vez no tenía mucho agua, y recibido la cordial bienvenida de los presentes, todos montamos en nuestras cabalgaduras; los niños fueron colocados por delante de los caballeros, en el regazo, y así galopamos todos alegremente sobre la llanura hacia el convento, donde hallamos a las personas mayores de las familias.

Llegamos justamente a la puesta del sol, y como habíamos hecho una buena jornada de cinco horas, nos pareció excelente la comida que habían preparado para nosotros. Durante la refacción oímos el sonido claro de las campanas de la iglesia del convento, y pronto se reunieron los indios y las indias para la oración de la tarde.

La quietud y el silencio del valle, que habían sucedido al campaneó, eran interrumpidos solamente por el grito monótono del cuyeo, la golondrina nocturna americana,⁷⁴ y por el mucho más perceptible rumor de la corriente del río en aquella hora de la noche, en tanto que la luna llena iluminaba el valle tranquilo y las luciérnagas revoloteaban zumbando y, a pesar de la claridad de la luna llena, hacían brillar desde larga distancia su luz como chispas con repentino centelleo.⁷⁵

Una espléndida mañana de verano nos proporcionó de nuevo el placer de contemplar con toda su luz las majestuosas cumbres del Irazú y del Turrialba. Con claridad

no común, se podían percibir las diferentes gradaciones de las montañas cubiertas de bosques que yacen a sus pies y reconocer los puntos ya cultivados en Cervantes y Birrís, así como el cercano valle de Ujarraz con sus campos de un verde claro brillante, sembrados de caña de azúcar. Pronto resonaron de nuevo las campanas de la iglesia, que llamaban a los indios a la misa dominical.

Después de terminado el oficio divino, vimos el interior de la iglesia. Está como pocos edificios en Costa Rica, muy sólidamente construida, de manera que durante todo un siglo ha desafiado todos los terremotos. La iglesia es pequeña y de un estilo muy sencillo (Figura 5). Hasta que fue suprimido el convento, se dice que había sido muy rica en todo género de joyas y ornamentos de iglesia; sin embargo, ahora solo se ven en ella algunos cuadros grandes pintados al óleo, que se trajeron de Guatemala, donde, según se dice, fueron pintados; y estos cuadros, aunque no son obras maestras, resultan sin embargo mejores que todos los de las demás iglesias del país.

El señor cura, quien almorzó con nosotros, nos dio diversos informes muy interesantes sobre el origen y la historia del convento. Hace unos cien años estaban aún todos los alrededores de Orosi cubiertos de selvas vírgenes. La totalidad del terreno que pertenece a Orosi era entonces propiedad de una anciana viuda rica,⁷⁶ quien legó sus bienes a la Orden Franciscana. Esta fundó el convento de la misión por el año de 1760, y para poblar el lugar atrajo una multitud de indios viceitas que habitaban en el lejano sur, para convertirlos y civilizarlos al mismo tiempo.⁷⁷

El convento floreció pronto. Los frailes se esforzaron en transformar a los indígenas, que gustan mucho de andar vagando en los bosques y tienen horror al trabajo, en colonos sedentarios y laboriosos; y como emplearon a los indios en diversas faenas agrícolas, resultó también considerable ganancia para el convento.

Los frailes, que en su mayor parte vinieron directamente de España, no llevaban, por su parte, mala vida, por lo menos en lo tocante a cocina y bodega. Peces, que tenían que ser pescados por los indios a sus órdenes, los suministraba el río; el bosque era rico en caza de todo género y los hermosos ganados daban carne, leche y queso en abundancia. La bien surtida biblioteca ahuyentaba el fastidio, y un huerto que había en el convento daba oportunidad para ocuparse agradablemente y suministraba al mismo tiempo y legumbres para la mesa.

En tanto que los frailes no solo para sí mismos, sino también para la educación de los indios, hicieron mucho y adquirieron méritos, especialmente en la enseñanza escolar, haciendo instruir también a las muchachas en las labores manuales femeninas, desde la supresión del convento absolutamente nada se ha hecho por el gobierno para continuar la educación de los naturales. Este no volvió a preocuparse en lo más mínimo de los edificios de la iglesia ni del convento, ni de la finca tan bien poblada de bosque, ni de la biblioteca que pertenecía al convento, ni del archivo, en el cual se encontraban diarios interesantes y documentos de importancia.

Estos libros y documentos quedaron, cuando los frailes salieron de Costa Rica, parte en manos del mayordomo de la iglesia, y parte

se llevaron los frailes a Guatemala y a La Habana. Los papeles restantes, a los cuales nadie atribuía valor alguno, fueron empleados por la familia del mayordomo en diferentes objetos a discreción. También puede uno aquí con razón preguntarse: ¿fue la declaración de Independencia ventajosa para la provincia española?

Utilicé el tiempo que tenía, muy limitado, para repetir algunas excursiones que hice el año anterior. En Navarro fue organizada una comida campestre, a la que fueron invitados todos los huéspedes del convento. Don Lucas dio un baile en su hacienda, en el que se bailaron también los bailes nacionales españoles, que han sido casi totalmente suplantados en la sociedad de las clases cultas por las danzas modernas introducidas por los extranjeros que dan el tono en esta sociedad, aunque aquellos son más adecuados al carácter español y son mejor bailados por los españoles que las danzas extranjeras.

El general [Montero] nos comunicó que pensaba edificar una casa más grande y más cómoda, y también en Purizil encontramos al dueño con su joven esposa y el niño, presentes otra vez en la sencilla y modesta casita del bosque.

Cuando había yo subido la antes mencionada cuesta al regreso, desde donde se ofrecía el soberbio panorama de todo el valle de Orosi, Ujarraz y Cachí, fijé especialmente la atención en la estructura del valle. No cabe duda de que el valle de Orosi fue antiguamente un lago que se extendía, al oeste, hasta el puente de Fajardo, y de esta manera cubría también las llanuras de Ujarraz, Cachí y Urrasca [Urasca].

Tan solo cuando el agua rompió el dique natural de rocas que se hallaba cerca del puente de Fajardo y el gran lago se vació, surgieron las fértiles llanuras de dichos valles, de los cuales los de Ujarraz y Cachí se consideran, hasta hoy, como extremadamente malsanos, a causa de sus miasmas productores de fiebres. La frecuente aparición de epidemias de fiebre indujo al Gobierno a trasladar, en 1849⁷⁸, toda la población de Ujarraz al Paraíso, que está situado a mayor altura. El miasma produce en Ujarraz su influencia perniciosa tan rápidamente, que en algunas personas, a las 24 horas de residencia en el lugar, aparece ya el primer ataque de fiebre.

El curso ulterior del río Grande, que en las cercanías de Turrialba lleva el nombre de Reventazón, constituye, en esta parte de Costa Rica, la frontera entre la parte cultivada y la región de bosques primitivos habitada por indios salvajes.

Al este de Cartago, donde el terreno se distingue por su gran fertilidad, se hallan, especialmente, grandes rebaños de ganado vacuno; en el lugar en que estaba la antigua aldea de indios destruida, que se llamaba Teotique [Tayutic] -donde todavía se encuentran restos de trabajos de escultura y objetos de arcilla-, está la última hacienda de ganado de un suizo, establecida hace apenas cuatro años y cuyo dueño, en pocos años, por su rara perseverancia y energía, sin emplear un gran capital, la ha llevado tan lejos que ya produce regulares utilidades.⁷⁹

Al otro lado del río, al este de Cachí, sigue el valle de Tucurrique, habitado aún en la actualidad, pero solamente por una población de indios muy mezclada. Antes eran frecuentemente trasladadas

tribus indígenas de un lugar a otro, especialmente cuando la población era demasiado exigua para mantener en el lugar un sacerdote propio. Así fue también trasladado a Atirro el resto de los indios de Tuis; y como el número de pobladores de este lugar decrecía siempre, fueron llevados a Tucurrique los que sobrevivían.

Aquí también parece que las condiciones exteriores de la vida no fueron en manera alguna favorable al aumento de la población, pues la mortalidad continúa en grado tal que ya se piensa en trasladar a Coot [Cot], aldea de indios situada al norte de Cartago y de muy laboriosa población, los restantes de aquellos indios.

Todavía más lejos, al sudeste de Cartago, está el gran territorio reservado para la caza, perteneciente a las tribus salvajes conocidas con los nombres de viceitas y talamancas, que antes se hacían la guerra, pero que ahora viven pacíficamente la una al lado de la otra. La tribu de los talamancas fue la que en el siglo XVII, después de que ya varios misioneros, entre los cuales se distinguió fray Antonio Margil [de Jesús],⁸⁰ habían trabajado y evangelizado allí, se sublevó de repente y mató a todos los españoles, de manera que las ciudades ya fundadas (Tisingal y Estrella) por el año de 1660, donde los españoles poseían ricas minas de oro, fueron de nuevo destruidas⁸¹.

Desde que todo el comercio de Costa Rica se volvió hacia el oeste, después de la apertura de un camino comercial hacia el océano Pacífico, se ha descuidado de un modo inexcusable la parte del país que tanto promete, situada hacia la costa oriental, abandonándola completamente. El único lazo de unión había sido, en todo tiempo, el camino al puerto de Matina,

que antiguamente, en general, era la más importante vía comercial del país.⁸² Ahora es del todo intransitable y, sin embargo, toda la esperanza del florecimiento de Costa Rica está cifrada en la apertura de un camino comercial que conduzca a alguno de los puertos situados en la costa Atlántica.

Por desgracia fue corta la duración del gobierno del único presidente que reconoció correctamente que el desarrollo de Costa Rica dependía de este camino, y comenzó a construirlo⁸³. El plano levantado nuevamente en 1850 por el barón von Bülow,⁸⁴ para abrir el camino hasta el puerto de Limón, tuvo mucha oposición por celos de la poderosa capital,⁸⁵ San José, de suerte que muy pronto fracasó totalmente. Hasta muy recientemente, por lo tanto, después de diez años de pérdida de un tiempo precioso, no se sintió otra vez la falta de un camino directo a la costa del océano Atlántico.

Ojalá que, al fin, los hombres que tienen en mira el verdadero bien del país obtengan tanta fuerza, energía e influencia que la nación, obstaculizada por el interés personal de algunos en su natural desarrollo, pueda abrir bajo su dirección esta arteria vivificante que traerá un porvenir mejor para ella.

AGRADECIMIENTOS

A don Jorge León Arguedas, por estimularme para acometer esta aventura. A Paula Rojas Hilje y Björn Pieprzyk, quienes localizaron el microfilme del relato en la Biblioteca de Hannover, Alemania; además, junto con Silvia Kruse y Carlos Ossenbach, me ayudaron a descifrar la leyenda escrita a mano en dicho relato, en la que hay una mezcla de caligrafía Sütterlin con letras latinas. Al Instituto Nacional

de Biodiversidad, por costear la transcripción del artículo.

Por su parte, las siguientes personas gentilmente colaboraron para clarificar importantes aspectos del relato: Ingrid Aguilar, Lara Anderson, Guillermo Alvarado Induni, María Eugenia Bozzoli, William Bussing, Isidro Chacón, Jorge Gómez Laurito, Ana Isabel Herrera Sotillo, Brunilda Hilje, Fernando Leitón, Ana Violeta Murillo, Carlos Navarro, Rafael Ocampo, Ana Rosa Ramírez, Julio Sánchez y Carlos A. Zamora.

NOTAS

1. La lista completa de sus publicaciones aparece en la recopilación bibliográfica de Biolley (1902).
2. Supongo que se trata de un primo o un tío, pues ese nombre no corresponde al de su padre ni sus hermanos, según lo verifiqué en los archivos de los mormones en Salt Lake, Utah (Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días). Como ahí no aparecen las fechas de muerte de aquéllos, pudiera haber ocurrido que para entonces su padre y algunos de sus hermanos hubieran muerto.
3. Al contabilizarse la totalidad de su curso, en realidad esto no es así. Este incluye los ríos Grande de Orosi, Reventazón y Parismina (que desemboca en el mar Caribe) y mide 162 km, en tanto que el río Grande de Térraba (unión del Chirripó Pacífico, General y Térraba) mide 196 km. Asimismo, los ríos Sixaola y Tempisque miden 160 y 159 km, respectivamente (www.mopt.go.cr/ign/geografia_hidro_oro).
4. Aún hoy, en ese amplio tramo se le denomina río Grande de Orosi.
5. En cuanto a las unidades de medida citadas, para no reiterarlas en exceso en el texto, se consignan aquí por una sola vez: legua (4,83 km), caballería (45 ha) y pie inglés (30,47 cm). La escala térmica °R representa los grados Réaumur (de R.A.F. de Réaumur). La conversión

- en grados Celsius se hace así: $C^{\circ} = R^{\circ} \times 1,25$.
6. Cartago fue la primera capital del país, fundada en 1563 por el conquistador español Juan Vázquez de Coronado. Desde entonces ahí vivieron los gobernadores españoles, hasta la independencia del país, en 1821. Tras numerosos conflictos y hasta una guerra civil librada en Ochomogo, la capital quedó en San José.
 7. La fecha no aparece en el documento original en alemán pero, entre paréntesis, su traductor indica que corresponde al año 1860. Desconozco en qué se basó él para afirmar esto. Cabe indicar que esta zona fue visitada a inicios de 1858 por el viajero irlandés Thomas Francis Meagher, quien nos legara un hermoso relato del paisaje y las gentes que lo habitaban (Meagher, 2002), el cual recomiendo leer, pues ayuda a comprender mejor mucho de lo anotado por von Frantzius.
 8. Para esa época, el convento estaba abandonado, pues los misioneros franciscanos habían partido del país, según lo consigna Lemistre (s.f.). Por cierto, ella indica que, en sentido estricto, dicha iglesia es la única de la época colonial presente actualmente en el país.
 9. En esa época, Puntarenas era el único puerto de importancia comercial. Por tanto, el llamado Camino Nacional, que era la mejor ruta del país, se extendía desde la capital hasta la costa Pacífica, atravesando La Uruca, Barreal, Belén, San Rafael de Alajuela, Los Llanos, los Montes del Aguacate, Esparza y Barranca. En la estación seca permitía a centenares o miles de carretas trasladar el café hacia los barcos extranjeros que fondeaban en Puntarenas, y traer mercancías importadas a su retorno.
 10. A diferencia de los factores que motivaron otros viajes y relatos de von Frantzius, con propósitos científicos, es claro que esta vez él fue apenas de vacaciones, y aprovechó para relatar lo observado.
 11. Se refiere a los cerros de Ochomogo, donde está la línea divisoria de aguas (división continental) entre las vertientes Pacífica y Caribe. En su relato sobre el volcán Irazú, Hoffmann describe con bastante detalle algunas características de este interesante punto geográfico.
 12. Esa laguna hoy no existe. Según Julio Sánchez, cartaginés y ornitólogo, fue drenada al construir la carretera hacia Cartago, así como la vía férrea, y quedó convertida en un potrero. Corresponde hoy a la planicie ubicada frente a las plantas de la fábrica de pinturas Kativo.
 13. Aunque a primera vista podría pensarse en la garcilla bueyera (*Bubulcus ibis*), ésta es de origen exótico, y se detectó en el país en 1854. Según Sánchez, más bien se trataría de las garzas *Ardea alba*, *Egretta thula* y las formas inmaduras de *Egretta caerulea*. Asimismo, él indica que en ese humedal la avifauna consistía en garzas y patos residentes y migratorios, así como en otras especies de aves vadeadoras.
 14. El cerro Chirripó, ubicado en la cordillera de Talamanca, es el punto más alto del país, con 3819 m.
 15. Cartago fue la primera capital del país, fundada en 1563. Tras el Pacto de Concordia se acordó rotar la capital entre Cartago, Alajuela y San José, pero después de una breve guerra civil, quedaría en San José. Dicha ciudad ha sido víctima de serios terremotos, entre los que sobresalen ese, del 2 de setiembre de 1841, denominado de San Antolín, así como los de San Estanislao (1822) y Santa Mónica (1910).
 16. Esta cifra corresponde a 1316 m, algo menor que la altitud real de la ciudad de Cartago, que es de 1426 m.
 17. Según Alvarado (2000), más otras investigaciones de dicho autor, dicha laguna -también conocida como del Derrumbe, de los Derrumbaderos, del Reventado o Socorro- hoy está seca, y corresponde a un anfiteatro volcánico en herradura o cráter de colapso por mega-deslizamientos volcánicos. De él emerge el río Reventado, que causara serias inundaciones en Cartago en diciembre de 1963.
 - Dicho cráter está en Prusia, a unos 2 km al suroeste del cráter principal del volcán Irazú.
 18. Su nombre era Young Anderson, según lo menciona Meagher (2002), quien describe con cierto detalle tanto la vegetación silvestre como las plantas ornamentales y frutales sembradas en tan bella propiedad. Según Brunilda Hilje, su esposa se llamaba Susan Perth, y ya para 1862 había enviudado, según consta en un documento legal. Por casualidad, hallé dos anuncios posteriores (Gaceta Oficial No. 31, 12-VIII-1872, p. 5) alusivos a la venta de dos haciendas (que describe con bastante detalle), suscritos por Young, y en los que menciona a James Anderson, lo cual sugiere que eran hermanos; James, residente en San José, fue profesor de inglés en la Universidad de Santo Tomás. Cabe aclarar que ellos no tienen parentesco con el célebre botánico y conservacionista don Alfredo Anderson, pues éste era sueco y llegó a Costa Rica fines del siglo XIX; en 1899 se casó con la alemana Paulina Ritter.
 19. Por cierto, en su relato sobre el volcán Irazú, Hoffmann aporta abundantes detalles acerca de las características de las fuentes termales de la aldea de Aguacaliente, cercana a la ciudad de Cartago.
 20. Meléndez acota que así aparece relatado en las obras de Wagner y Scherzer (1944) y de Meagher (2002), citadas en la lista de referencias.
 21. Extraordinario hombre público, además de gobernador de Cartago, diputado dos veces, miembro de la Cámara de Representantes y ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, dos Jesús fue presidente de la República en tres períodos (1863-1866, 1868-1869 y 1869-1872), al igual que lo sería su hijo don Ricardo Jiménez Oreamuno.
 22. Pariente de la piñuela (*Bromelia pinguin*), la pita (*Aechmea magdalenae*) también era muy común para establecer los linderos entre las propiedades, debido a sus fuertes espinas, pero además aporta valiosas fibras, muy reputadas en

- Talamanca, según lo indican León y Poveda (2000).
23. La especie de poró ahí consignada no está en Costa Rica, aunque sus flores, con el aspecto de cuchillitos rojos, son muy parecidas a las de *Erythrina costaricensis*, que también se siembra como cerca viva. Si bien en el país hay varias especies nativas de poró, la más común (*Erythrina poeppigiana*) es exótica, ya que crece de manera natural de Panamá a Bolivia; aparece como árbol de sombra en cafetales, y en la estación seca produce gran cantidad de flores anaranjadas.
 24. Es posible que se tratara de la suita o cola de gallo (*Calyptrogyne ghiesbreghtiana*), que es una palmera cuyas hojas son comúnmente utilizadas por los indígenas para cubrir los techos de sus ranchos.
 25. Aunque no se menciona su nombre, podría tratarse del sacerdote Acuña, que acompañara al viajero irlandés (2002) en un recorrido por la zona en 1858; su nombre completo era Juan Ramón Acuña, quien fungiera como cura interino en Paraíso, según Mata (1999).
 26. Estos volcanes, relativamente cercanos, miden 3432 y 3340 m, respectivamente. Cabe señalar que los primeros relatos sobre ellos fueron escritos por alemanes: Hoffmann sobre el Irazú y su amigo Juan Braun sobre el Turrialba. Este último apareció en la Gaceta Oficial del 16-I-1864, y lo publiqué (21-X-2007) con anotaciones, en: <http://www.elazucarero.com/index.php?news=261>
 27. Casi todos los nombres citados en el texto tienen vigencia. Aparte de Purizil [Purisil] y Ujarraz [Ujarrás], que aparecen muchas veces en el texto, el de los restantes aparece entre paréntesis cuadrados al lado del nombre antiguo. La fecha no aparece en el documento original en alemán pero, entre paréntesis, su traductor indica que corresponde al año 1860. Desconozco en qué se basó él para afirmar esto.
 28. El pejibaye (*Bactris gasipaes*) es una palma cuyo posible origen es la Amazonía, y tiene una amplia historia entre las culturas aborígenes de Mesoamérica y parte de Suramérica, sobre todo por sus nutritivos frutos. Hoy se siembra hoy en grandes plantaciones para obtener su cogollo (palmito) para la exportación.
 29. Meléndez anota que don Lucas Alvarado era médico (licenciado en medicina), graduado en Guatemala, seguramente en la Universidad de San Carlos, donde estudió la mayoría de los médicos centroamericanos de entonces, incluyendo al cartaginés don Jesús Jiménez, a quien se aludió previamente. Además de prominente médico, don Lucas fue miembro del Congreso a inicios del decenio de 1850.
 30. Esto no es de extrañar, pues Sáenz (1970) recopiló numerosas referencias sobre la presencia del algodón (*Gossypium hirsutum*) en nuestro país, así como sobre su importancia textil para nuestros aborígenes, desde los relatos del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en 1529.
 31. También conocido como higuera (*Ricinus communis*), León (1987) indica que es originario de África. De su semilla se extrae un aceite de gran valor industrial, para preparar pinturas, lubricantes, plásticos, etc.
 32. Nativos ambos del norte de Asia, el gusano de seda (*Bombyx mori*) se alimenta del follaje de la morera (*Morus alba*) y, al convertirse en pupa, teje un capullo de seda muy fina, de gran valor comercial. En Costa Rica se han realizado varios intentos de desarrollar la sericultura, pero todos han abortado.
 33. Mejor conocida como abeja europea (*Apis mellifera*, de la subfamilia Apinae), cuya fecha de introducción al país desconozco, en contraste con ella las abejas nativas nuestras (subfamilia Meliponinae) carecen de aguijón, por lo que no pican. Según Mildred Aguilar, entre las más importantes como polinizadoras y productoras de miel están algunas pertenecientes a los géneros *Melipona*, *Trigona*, y *Scaptotrigona*, que incluyen a las llamadas arragres, congos y mariasecas.
 34. Es posible que se trate de una especie de alga del género *Oscillatoria*.
 35. No pude averiguar el equivalente de esta denominación. Si se tratara del mismo pie inglés, la altitud de Orosi correspondería a 978 m, la cual es levemente menor del valor real, de 1051 m.
 36. Meléndez indica que se trata del general don José Montero. Su nombre aparece en una orden militar suscrita el 18 de marzo de 1856 bajo el título "Servicio de Campaña" -hallada por Fernando Leitón- alusiva a las celebraciones de Semana Santa en San José, mientras las tropas costarricenses se enfrentaban a las huestes filibusteras de William Walker en Guanacaste.
 37. El plátano (que es un cruce de *Musa acuminata* y *Musa balbisiana*) es un cercano pariente del banano (*Musa acuminata*), y ambos son de origen africano; a diferencia del segundo, se come cocinado y no crudo.
 38. Más bien, de la misma familia, Cucurbitaceae, al igual que del melón y la sandía, al igual que pariente cercano del tacaco (*Sechium tacaco*). Hoy se cultiva ampliamente en la zona de Orosi, para la exportación.
 39. Estos árboles pertenecen a los siguientes géneros: encinas (*Quercus*), hayas (*Fagus*) y pinos (*Pinus*). Cabe destacar que, aunque son árboles de origen templado, en la América tropical hay especies nativas de *Quercus* y *Pinus*.
 40. De todas estas plantas, las bromeliáceas (parientes de la piña) son las llamadas piñuelas o parásitas, que crecen sobre los árboles. Las cecropiáceas son parientes del guarumo (*Cecropia peltata*); las euforbiáceas de la yuca, la pascuca (*Euphorbia leucocephala*) y la pastora (*E. pulcherrima*); y las solanáceas de la papa, el tomate y el chile. De las melastomáceas, no hay ninguna especie de nombre común conocido.
 41. En Costa Rica hay varias especies de begonias, de tamaños y colores muy diferentes, como la grande

- Begonia multinervia* (con flores blancas), y las más pequeñas *B. conchifolia* (flores blanco-rosado) y *B. ignea* (flores blancas), mientras que otras tienen flores rojo-amarillo.
42. Los nombres científicos actuales de las especies citadas aparecen a continuación. Los tucanes posiblemente corresponden al curré o tucancillo verde (*Aulacorhynchus prasinus*). De las palomas silvestres, las más comunes en esa zona son *Patagioenas flavirostris* y *P. subvinacea*; también aparece *P. fasciata*. En cuanto a los tordos, posiblemente alude al yigüirro (*Turdus grayi*) y al yigüirro collarejo (*Turdus assimilis*). La tångara citada podría corresponder al macho de *Piranga leucoptera*, según Sánchez. Por su parte, el nombre actual del quetzal es *Pharomachrus mocinno*; por cierto, en su relato del volcán Barva, Hoffmann dedica abundante espacio a su encuentro con una pareja de quetzales. La oropéndola posiblemente sea *Psarocolius montezuma*, aunque en la zona también existe *P. wagleri*.
43. Según Sánchez, hay varias especies denominadas “calandria”, pertenecientes incluso a familias muy diferentes (sus nombres aparecen entre paréntesis): en Guanacaste también se llama así al mochuelo (*Glaucidium brasilianum*) (Strigidae), en el Valle Central es *Pheucticus ludovicianus* (Cardinalidae) y en todo el país se designa así a *Procnias tricarunculatus* (Cotingidae), también llamado pájaro campana. Es evidente que el autor se refiere a esta última especie, la cual tiene un aspecto muy característico, por poseer tres carúnculas o apéndices carnosos cerca del pico.
44. La dificultad de ver el jilguero (*Myadestes melanops*) coincide con lo señalado por Hoffmann en su relato del volcán Barva quien, tras compararlo con el ruiseñor europeo en cuanto a su maravilloso canto, indica que “aunque he oído su voz quizás una docena de veces, nunca he podido verlo, porque vive solamente en el más denso follaje de los árboles altos del bosque”. No obstante, según Sánchez, aunque el jilguero es difícil de ver, se ha exagerado en cuanto a sus hábitos huidizos, y no canta en lo alto del bosque, sino más bien en el sotobosque, ocasionalmente arriba de 5 m de altura.
45. Según Sánchez, el nombre científico hoy aceptado para esta especie es *Cephalopterus glabricollis*, conocida como pavoncillo o pájaro sombrilla; ambos sexos son de cuerpo grande, robusto y negro, pero el macho es muy llamativo, pues posee una gran cresta o copepe con forma de sombrilla y su garganta es inflable y rojo intenso. Cazada para ser consumida, hoy es una de las especies más amenazadas en el país.
46. Según Isidro Chacón, von Frantzius se refería a un enjambre de machos de mariposas de los varios géneros (*Glutophrissa*, *Phoebis*, *Eurema*, *Pyrisitia*, *Catacticta* y *Rhabdodryas*) de la familia Pieridae, los cuales comúnmente son amarillos, anaranjados o blancos. Ellos se congregan sobre suelos y arenas húmedas, en las veredas y playones de los cauces de ríos y quebradas, para obtener agua y sales minerales, que utilizan para sintetizar sustancias precursoras para el cortejo y la cópula. Curiosamente, a ellos se suman machos de otras familias, de colores vistosos, como Papilionidae (*Protographium*, *Eurytides*, *Heraclides*, *Pterourus* y *Protesilaus*) y Nymphalidae (*Marpesia*, *Eunica*, *Tegosa*, *Anartia*, *Callicore*, *Haematera*, *Diaethria*, *Cissia* y *Hermeuptychia*) y hasta de colipato (*Urania fulgens*). En cuanto a la gran *Brometeus* citada por él, con esa escritura errónea el autor podría estar aludiendo a *Caligo prometheus*, especie propia de Colombia, Ecuador y Perú; en Costa Rica la más parecida es *Caligo brasiliensis sulanus*, cuyas larvas se alimentan de varias plantas de las familias Arecaceae, Heliconiaceae, Marantaceae, Musaceae y Zingiberaceae. Finalmente, la mariposa azul brillante era casi de seguro *Morpho helenor marinita*, que tiene numerosas plantas hospedantes.
47. Según Ana Violeta Murillo, es muy probable que se trate de don Enrique Cooper, nacido en York, Inglaterra (Murchie 1981), quien como agrimensor recorrió ampliamente esas tierras y fue propietario de varios terrenos en la zona. Había llegado a trabajar en las minas de los Montes del Aguacate con el inglés Richard Trevithick. En 1839 se casó en Cartago con Margarita Sandoval, con quien tuvo dos hijas y cuatro hijos, uno de los cuales fue Juan José quien, quien fue recolector de plantas y aves, trabajó en el Museo Nacional y hasta fue director interino de éste (León, 2002).
48. En Costa Rica hay varias especies de cedros, entre las que, por la calidad de su madera, sobresale el cedro amargo (*Cedrela odorata*), también conocido como cedro real, cedro colorado, cedro blanco, cedro cebolla, cedro del Atlántico y cedro del Pacífico. Desde la época colonial, junto con su pariente la caoba (*Swietenia macrophylla*) fue una madera muy utilizada en ebanistería y construcción. Por cierto, Lemistre (s.f.) aporta bastantes detalles acerca de la presencia de estructuras y objetos de cedro en el convento de Orosi.
49. Este comentario sugiere que las tablas se cortaban a mano, posiblemente con grandes sierras accionadas por dos individuos. Es obvio que, puesto que entonces no había corriente eléctrica en el país, los aserraderos hidráulicos podían ser muy funcionales en lugares con abundantes ríos y fuertes caudales corrientes, como Orosi. De hecho, en un recuento de las carencias de tecnología en el país para esa época, Molina (2007) especificaba que se necesitaban “máquinas de aserrar madera en tablas, tablones, vigas y alfajillas”.
50. Curiosamente, en marzo y abril de ese año se había librado la Guerra Patria contra las huestes filibusteras lideradas por William Walker. Para mayo, tanto Hoffmann como von Frantzius estaban en Nicaragua atendiendo a los heridos de la batalla de Rivas, o de regreso haciendo frente a la epidemia del cólera morbus, que diezmo severamente a nuestra población.
51. Los viceitas -término de uso antiguo, que también se ha escrito como viceytas, bisaitas y biseytas- son los mismos bribris, según

María Eugenia Bozzoli. Ella me indicó que don Arturo Morales Pita -awá de Lari-, le informó que bribri significa “gente que vive en tierra escarpada”; Bribrikta es la tierra de los bribris. Asimismo, don Hernán Segura -un bribri de Coroma-, le señaló que el término “viceita” podría provenir de la palabra “bisbta” (o bisbatá); “bis” es el nombre de la cabuya y “btá” o “batá” es un pico o monte alto. De hecho, en el camino hacia el Alto Lari, en Talamanca, cerca de Surayum (Surayö) -que es donde los bribris dicen haber nacido del maíz-, hay un alto denominado Bisbta, es decir, “cerro de la cabuya”.

52. Esta localidad, ubicada en Panamá, perteneció a Costa Rica hasta 1837.
53. Meléndez señala que dicha localidad ha de ser el actual poblado de Palomo.
54. En condiciones naturales, un árbol de cedro amargo (*Cedrela odorata*) o cedro dulce (*Cedrela tonduzii*) alcanzar hasta 40 m de altura, con un fuste (diámetro a la altura del pecho del observador) de 2 y 1,5 m, respectivamente, según Carlos Navarro. No obstante, esto rara vez se logra, especialmente debido al ataque de la larva de *Hypsipyla grandella* (Pyralidae), que barrena sus brotes e impide crecer al árbol, provocando una excesiva ramificación.
55. De origen americano, la yuca o mandioca (*Manihot esculenta*) ha sido un recurso alimenticio vital de las poblaciones aborígenes del continente.
56. No es posible determinar de cuál especie es ese bejuco, aunque también podría tratarse de tiras de corteza de algún árbol, como el jucó (*Trema micrantha*), también llamado capulín y vara blanca; por cierto, en Orosi hay un poblado denominado Jucó, quizás por la abundancia de este árbol en el pasado. Sobre dicho árbol Hoffmann hace una detallada mención en su relato sobre el volcán Barva, indicando que “con la corteza del jucó se amarran las vigas de las casas en lugar de nuestros clavos y grapas, la cual resiste tanto al deterioro que a menudo la de casas viejas cuyo maderamen está totalmente podrido, se emplea de nuevo”.
57. En cuanto a los materiales empleados para fabricar algunos implementos de uso cotidiano, Bozzoli y Rafael Ocampo indican que se hay tanto palmas como bejucos. Entre las primeras sobresale la pita -citada previamente-, para la confección de chácaras o bolsas, la cual es denominada “mú” por los bribris, “jama” por los cabécares y “kiga” por los guaymíes, según Ocampo. Con respecto a otras palmas, éste indica que la chidra (*Carludovica palmata*), llamada “semko” por los bribris, es una fuente de fibras suaves para confeccionar diversos productos; asimismo, los guaymíes utilizan la palma coquito (*Astrocaryum alatum*), denominada por ellos “tagua”, para fabricar sombreros. En relación con bejucos, los cabécares emplean varios de ellos para amarrar la armazón sus ranchos, tales como el bejuco real (*Anthurium scandens*), bejuco de agua (*Cissus sicyoides*) y coligallo (*Asplundia* sp.). Otros bejucos útiles para hacer redes son la majagua (*Hibiscus pernambucensis*) y el burío (*Helicarpus appendiculatus*). De hecho, en su viaje al Barva, Hoffmann indica que los indígenas de esa zona desprenden largas tiras de la corteza de dicho árbol para atar diferentes objetos.
58. Según Lemistre (s.f.), fue más bien en 1846 cuando los franciscanos fueron expulsados del país.
59. Se refiere a don Joaquín Bernardo Calvo Rosales (1799-1865), originario del pueblo indígena de Quircot, en Cartago. Fue un notable hombre público, que destacara como Secretario de Relaciones Exteriores y Gobernación durante la guerra contra los filibusteros.
60. Casi todo este párrafo, más otros comentarios posteriores acerca de la actitud de los aborígenes hacia el trabajo, revelan una actitud descalificadora de la cultura de nuestros ancestros por parte del autor, derivada de una visión eurocentrista de la cultura y el mundo.
61. Orosi pertenece hoy al cantón de Paraíso. Más adelante hay una nota sobre el traslado forzado de la población de Ujarrás a Paraíso, en 1832.
62. Es obvio que se refiere a la indumentaria típica de ese grupo étnico.
63. De estos peces, el bobo (*Joturus pichardí*) es una especie muy apetecida aún hoy, de la misma familia (Mugilidae) del tepemechín (*Agonostomus monticola*); este último es el nombre correcto, y no tebemechín, como lo escribe al autor. Por cierto, en Turrialba incluso hay un río y un pueblo con dicho nombre. En cuanto a los otros peces, según William Bussing, la anguila grande es *Anguila rostrata*, mientras que lo que el autor denomina siluro, glano o barbudo podría corresponder a cualesquiera de las siguientes tres especies: *Rhamdia nicaraguensis*, *R. guatemalensis* o *R. rogersi*.
64. Ese es un nombre de origen árabe, que comúnmente se utiliza para ese tipo de red de pesca.
65. En realidad, esto se presta a confusión, pues el término barbasco, varbasco o verbasco no se refiere a una especie en particular, sino a plantas que permitan intoxicar peces y capturarlos fácilmente. Según Jorge Gómez Laurito la citada euforbiácea podría ser *Euphorbia cotinifolia*, que tiene savia muy cáustica, u otra especie de dicho género, en tanto que los bejucos podrían ser especies de los géneros *Paullinia* y *Serjania* (familia Sapindaceae), que son ricos en saponinas, conocidos como barbascos. También se han usado algunas especies de *Lonchocarpus* y *Gliricidia* (Fabaceae), como por la gran cantidad de rotenona que contienen.
66. Ubicado frente al mar Caribe, en la provincia de Limón, desde la época colonial Matina fue un sitio de gran importancia en la producción de cacao.
67. En efecto, en esa época la industrialización del tabaco y de la caña de azúcar a través de la Factoría de Tabacos y la Fábrica Nacional de Licores era monopolio del Estado, y sus principales fuentes de ingresos.

68. La alusión aquí es clara en cuanto al papel de mujeres indígenas que, estando en condición de post-parto, podían amamantar a niños ajenos, además de los propios.
69. Con leves variantes, corresponde a la muy conocida leyenda de la Llorona.
70. De estos tres animales, según Carrillo *et al.* (1999), en Costa Rica el manatí o vaca marina (*Trichechus manatus*) habita toda la costa del Caribe, del oso perezoso o perica ligera hay dos especies (el de dos dedos, *Choloepus hoffmanni*, y el de tres dedos, *Bradypus variegatus*), y de felinos con manchas hay varias especies, pero el más conocido y robusto es el jaguar (*Panthera onca*), llamado tigre de manera incorrecta.
71. En realidad, en Costa Rica hay tres especies, de las cuales la ahí descrita corresponde hoy al nombre de *Conepatus semistriatus*, distribuida por todo el país.
72. Se conocen así varias especies de las familias Araliaceae, Cecropiaceae, Moraceae y Thymeliaceae (León y Poveda, 2000), pero en este caso es claro que se refiere a *Brosimum utile* (Moraceae), de cuya corteza los aborígenes fabricaban sus vestidos pues, al ser fuertemente golpeada toma el aspecto de un tejido flexible.
73. Posiblemente más bien se refiere a pavas, que podrían ser *Penelope purpurascens* o *Chamaepetes unicolor*, según Sánchez.
74. En realidad, no se trata de una golondrina, sino del cuyeo (*Nyctidromus albicollis*), común en tierras bajas e intermedias, como Orosi. Por cierto, en su relato del volcán Barva, Hoffmann alude a una especie afín que, según Sánchez, posiblemente sea el chotacabras de tierras altas (*Caprimulgus saturatus*).
75. De los abejones fosforescentes, las luciérnagas (familia Lampyridae) tienen el cuerpo claro y suave, mientras que los carbunclos (familia Elateridae) lo tienen oscuro y duro.
76. A pesar de consultas en varias fuentes, me fue imposible determinar de quién se trataba.
77. Con base en datos de varios expertos, Lemistre (s.f.) indica que fue fundado en 1743, supuestamente.
78. Meléndez indica que esto ocurrió más bien en 1833, aunque Mata (1999) consigna que fue en 1832, y aporta abundantes detalles acerca de dicha disposición gubernamental; asimismo, indica que hubo epidemias importantes en 1614 y 1699. Se desconoce cuáles eran las enfermedades específicas causantes de dichas epidemias. La decisión adoptada en 1832 permitió el traslado de toda la población de Ujarrás a los llanos de Santa Lucía, conocidos a partir de entonces como la Villa del Paraíso. Nótese que, a pesar de ser médico, von Frantzius aún hablaba de miasmas (es decir, emanaciones perniciosas, provenientes de cuerpos enfermos o putrefactos, así como de aguas estancadas), puesto que entonces se desconocían las bacterias y virus como causantes de enfermedades.
79. Se desconoce quién era. No obstante, según Brunilda Hilje, más o menos coincidente con ese período (entre 1857 y 1861) aparece haciendo varios denuncios en Turrialba -cantón al cual pertenece Tayutic- un suizo llamado Augusto Riggenbach, oriundo de Basilea.
80. Lemistre (s.f.) indica que a Margilo acompañó fray Melchor López, y que ambos eran recoletos y no franciscanos.
81. Dávila señala en su traducción que no han existido nunca en Costa Rica ciudades con los nombres de Tisingal y Estrella, ni ricas minas de oro. Añade que von Frantzius quiso, sin duda, referirse a la ciudad de Santiago de Talamanca, fundada en 1605 en la margen derecha del río Tarire [Telire] y destruida por los indios en 1610.
82. El Camino Real a Matina seguía una vereda montañosa existente desde la época colonial. Desde Cartago, se prolongaba por Paraíso, Juan Viñas, Turrialba (entonces en Colorado, en las lomas del noroeste), para culminar en Matina.
83. Meléndez indica que se refiere a don Braulio Carrillo, presidente entre 1838-1842, quien muriera desterrado en El Salvador, en 1845, por mano de asesinos a sueldo.
84. Se refiere a la ansiada ruta hacia la costa del Caribe, por tantos años postergada, que justificó el establecimiento de la colonia Angostura, Turrialba, por parte de la Sociedad Berlinesa de Colonización para Centroamérica Agrícola, en 1852. Este contingente de alemanes fue liderado por el barón Alexander von Bülow. Hilje (2007) aporta muy interesantes detalles sobre este fascinante personaje quien, al fracasar este proyecto, sería nombrado por el gobierno como superintendente general de caminos y, tras cumplir una destacada faena como estrategia militar en la batalla de Rivas, moriría de cólera en Guanacaste.
85. Más que por celos, se dice que esto fracasó porque hubo fuerte oposición, velada o explícita, por parte de sectores económicos ya consolidados, que derivaban cuantiosas ganancias de exportar café por el Pacífico.

REFERENCIAS

- Alvarado, G. 2000. *Los volcanes de Costa Rica: geología, historia y riqueza natural*. EUNED. San José, Costa Rica. 269 p.
- Biolley, P. 1902. Obras publicadas en el extranjero acerca de la República de Costa Rica durante el siglo XIX. *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*. p. 365-404.
- Carrillo, E., Wong, G. y J.C. Sáenz. 1999. *Mamíferos de Costa Rica*. Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Heredia, Costa Rica. 248 p.
- Hilje, L. 2006. *Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional*. Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Heredia, Costa Rica. 200 p.
- Hilje, L. 2007. *Karl Hoffmann, Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario*. Editorial Colegio Universitario de

- Alajuela (CUNA). Alajuela, Costa Rica. 276 p.
- Lemistre, A. s.f. *Orosi*. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 24 p. (Mimeografiado).
- León, J. 1987. *Botánica de los cultivos tropicales*. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). San José, Costa Rica. 445 p.
- León, J. 2002. La exploración botánica de Costa Rica en el siglo XIX. In Peraldo, G. (ed). Ciencia y técnica en la Costa Rica del siglo XIX. Editorial Tecnológica de Costa Rica. Cartago, Costa Rica. p. 129-186.
- León, J. y L.J. Poveda. 2000. *Los nombres comunes de las plantas en Costa Rica*. San José, Editorial Guayacán, 870 p.
- Mata, J. 1999. *Monografía de Cartago*. Editorial Tecnológica de Costa Rica. Cartago, Costa Rica. 802 p.
- Meagher, T. F. 2002. Viajes por Centroamérica. En *Costa Rica en el siglo XIX; relatos de viajeros*. Ricardo Fernández Guardia (ed.). EUNED. San José, Costa Rica. p. 271-369.
- Meléndez, C. 1976. Carl Hoffmann. *Viajes por Costa Rica*. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 219 p.
- Molina, F. 2007. Bosquejo de la República de Costa Rica; seguido de apuntamientos para su historia, con varios mapas, vistas y retratos. *Biblioteca de Clásicos de la Historia Costarricense*, No. 5. EUNED. San José, Costa Rica. 192 p.
- Murchie, A.G. 1981. *Imported spices: A study of Anglo-American settlers in Costa Rica, 1821-1900*. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 409 p.
- Sáenz, A. 1970. *Historia agrícola de Costa Rica*. Publicaciones de la Universidad de Costa Rica. Serie Agronomía No. 12. San José, Costa Rica. 1087 p.
- Sánchez, J.E. 2002. *Aves del Parque Nacional Tapantí, Costa Rica*. Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Heredia, Costa Rica. 235 p.
- Tristán, J.F. 1907. *Alejandro v. Frantzius. Páginas ilustradas*. No.128. p. 2053-2056.
- Wagner, M. y C. Scherzer. 1944. *La República de Costa Rica en Centro América*. Biblioteca Yorusti. San José, Costa Rica. 354 p.